PRESTIGIO

Presencia, esplendor y magnificencia

Referencias:

Weber, Arendt, Simmel, **Sófocles**, Freud, Canetti, Bataille

ETIMOLOGÍAS

Ya en la lengua encontramos las huellas de esto: detengámonos brevemente en la etimología. La palabra "prestigio" tiene su antecedente en el latino *præstīgīum* "impostura, charlatanismo"; las *præstīgīæ* son "engaños, embustes, trampas, artificios; fantasmagorías, ilusiones"; ambos vocablos están vinculados con toda probabilidad a *præstringō* "apretar fuertemente, atar, comprimir", pero también "embotar, empañar, deslumbrar". Este último viene de la raíz ie. *streig-* 'frotar, restregar, apretar', que tiene su forma radical en **streig-,* y su grado cero **strig-* con sufijo *-ā-* da el lat. *strīga* 'línea, surco', con sufijo *-yā-* da el lat. *stria* 'surco, raya, ranura', y en su forma nasal **stri-n-g-* el lat. *stringō,* (cf. "estrecho", "estricto", "estreñir", "constreñir", "restringir", "distrito"...). A la lengua española pasa el término con el sentido de lo falaz; la acepción originaria de "prestigio" es 'juegos de manos', 'fascinación o ilusión con que se impresiona a alguien'. En latín el *prestīgiātor* es el charlatán, el impostor, que engaña con juegos de manos a un público crédulo; los franceses, suponiendo que el vocablo era una voz compuesta de *præsto* y *digitus,* lo cambiaron a *prestidigitateur*: pensaron, pues, en la asombrosa diligencia de manos del ilusionista, que escamotea sus trebejos y barajas bajo las narices de su embobada asistencia. En ese mismo idioma, a comienzos del s. XVI, *prestige* significa "ilusión atribuida a sortilegios" y *prestigieux* "el que está bajo la influencia de un encanto"; hacia mediados del s. XVII, "impresión causada por las producciones del arte", y sólo a partir del s. XVIII se acuña el concepto moderno de "concepto favorable en que se tiene a una persona", sentido que también toma en castellano desde ese tiempo.

WEBER

Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, 2019, 734

III. *Dominación carismática* (*Charismatische Herrschaft*), en virtud de devoción afectiva (*affektueller Hingabe*) a la persona del señor y a sus dotes de gracia (carisma)[,] en particular: capacidades mágicas, revelaciones o heroísmo, poder espiritual u oratorio. Lo siempre nuevo, lo extra-cotidiano, lo nunca visto y la entrega emocional que provocan son aquí fuente de devoción personal. Tipos más puros son el dominio del profeta, del héroe guerrero y del gran demagogo. El vínculo de dominio es la comunitarización (*Vergemeinschaftung*) en la comunidad o en el séquito. El tipo del que manda es el *caudillo* (*Führer*). El tipo del que obedece es el "*prosélito*" ("*Jünger*"). Se obedece personalmente al caudillo de manera enteramente exclusiva en virtud de sus cualidades no cotidianas (*unwerktäglichen*), y no por su posición estatuida o su dignidad tradicional. De ahí, también, que solo mientras dichas cualidades le son atribuidas, su carisma se *garantiza* mediante sus pruebas. Cuando es "abandonado" por su dios, o cuando es despojado de su fuerza heroica o de la fe de las masas en su cualidad de conductor, cae entonces su dominio. (Weber 2019, 734)

4. El carisma puro es específicamente *ajeno a la economía* (*wirtschaftsfremd*). Constituye, donde aparece, una "vocación" en el sentido enfático del término: como "misión" o como íntima "tarea". Desdeña y rechaza, en el tipo puro, el aprovechamiento económico de las donaciones (*Gnadengaben*) como fuente de ingresos — lo que ciertamente ocurre más como pretensión que como hecho. No es que el carisma renuncie siempre a la posesión y al lucro, como hacen en determinadas circunstancias […] los profetas y sus discípulos. (Weber 1947, 142)

[…] la noción de exceso […] resulta decisiva para la determinación del sentido de la *physis* en óptica calicleana, y evidencia el fundamento no-económico o, si se quiere decir así, trans-económico de su concepción: la naturaleza no es económica, sino excesiva, derrochadora. De ahí que no pueda concebirse el *pleonékhein* [el "tener-más" del fuerte y su derecho a tal tener] como posesión (económica) ilimitada, ni mucho menos como acumulación y atesoramiento. La posesión de riquezas está contenida, sin duda, en su concepto, pero sólo en la medida en que expresa una sobreabundancia de naturaleza, una incontenible riqueza de vida, es decir, sólo en cuanto responde al movimiento de la desmesura y el exceso, como lo evidencia el carácter básicamente expoliatorio de esa noción. La relación de amo y esclavo y el concepto de *pleonexía* que le es inherente no pertenecen a la esfera de las determinaciones económicas, sino a la esfera de las determinaciones de poder, esto es, *políticas* en su sentido más general. La misma índole política de la relación nos señala que, en rigor, el esclavo de que se habla aquí es el ciudadano incapaz de poder absoluto, o —dicho de otro modo— el ciudadano que es débil porque contiene la posibilidad esencial de ser esclavizado. La relación de fuertes y débiles es, ante todo, una relación entre hombre libres: quien queda fuera del círculo de pensamiento de esta relación es precisamente el esclavo real de la sociedad esclavista. (Oyarzun 1985)

ARENDT, SIMMEL

Hannah Arendt, *On Violence*, 1970, 45

La *autoridad*, relativa al más elusivo de estos fenómenos y, por eso, como término, abusado con la mayor frecuencia, puede estar investida en personas —hay algo así como la autoridad personal, como, por ejemplo, en la relación entre padres y niño— o puede estar investida en cargos, como, por ejemplo, en el Senado Romano (*auctoritas in senatu*) o en los ministerios jerárquicos de la iglesia (un sacerdote puede conceder absolución válida aunque esté borracho). Su sello es el reconocimiento no cuestionado (*unquestioning recognition*) por aquellos de quienes se demanda obediencia; no se necesita coerción ni persuasión.

Georg Simmel, "Über- und Unterordnung", en *Soziologie. Untersuchungen über die Formen der Vergesellschaftung*, 1908, 134-246

De la autoridad ha de distinguirse el matiz de superioridad que se designa como prestigio (*Prestige*). Falta en éste el momento de la significación intersubjetiva, de la identidad de la personalidad con una fuerza o norma objetiva, aquí la fuerza totalmente individual es decisiva para el liderazgo (*Führertum*); no sólo permanece consciente como tal, sino que, en contraste con el tipo promedio del líder, que siempre muestra cierta mezcla de momentos personales y momentos objetivos (*sachlichen*) anexos, el prestigio arranca del puro punto de la personalidad, así como la autoridad de la objetividad de normas y poderes.

ETIMOLOGÍAS

Persona: el término latino designa primariamente la máscara teatral, en correspondencia con el griego *prósopon*, aunque no adopta nunca el significado de rostro o figura, como ocurre con este último, a cambio de lo cual la acepción latina de "personalidad" es ajena a prósopon. Por evolución semántica de la aplicación del término (similar a la del vocablo griego), designa al personaje o carácter atribuido a la máscara, y a la "persona", tal como se encuentra documentado en Cicerón. Su uso en gramática es como el de *prósopon* en griego, precisamente, "persona", de donde *personalis* e *impersonalis*. Por cierto, adquiere relevancia en el uso jurídico, con el estatuto de sujeto de derechos y deberes. Aparentemente provendría del etrusco *φersu*: un monumento sugiere que significaba "máscara". Es verosímil que la vinculación con *persono*, "sonar o resonar a través de", provenga precisamente del recurso teatral, en la medida en que la máscara permitía amplificar y proyectar la voz a través de la apertura bucal.

SÓFOCLES

Sófocles, *Oidípus tyrannos* (*Edipo Rey*),
435-464, 698-747, 800-833, 898-910, 977-987,
1026-1036, 1073-1085, 1068, 1327-1334
Traducción de Assela Alamillo

TIRESIAS. Yo soy tal cual te parezco, necio, pero para los padres que te engendraron era juicioso.
EDIPO. ¿A quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?
TIRESIAS. Este día te engendrará y te destruirá (*hèd'heméra physei se kaì diaphthereî*).
EDIPO. ¡De qué modo enigmático y oscuro (*ainiktà kasaphê*) lo dices todo!
TIRESIAS. ¿Acaso no eres tú el más hábil por naturaleza para interpretarlo?
EDIPO. Échame en cara, precisamente, aquello en lo que me encuentras grande.
TIRESIAS. Esa fortuna, sin embargo, te hizo perecer.
EDIPO. Pero si salvo a esta ciudad, no me preocupa.
TIRESIAS.- En ese caso me voy. Tú, niño, condúceme.
EDIPO. Que te lleve, sí, porque aquí, presente, eres un molesto obstáculo; y, una vez fuera, puede ser que no atormentes más.
TIRESIAS. Me voy, porque ya he dicho aquello para lo que vine, no porque tema tu rostro. Nunca me podrás perder. Y te digo: ese hombre que, desde hace rato, buscas con amenazas y con proclamas a causa del asesinato de Layo está aquí. Se dice que es extranjero establecido aquí, pero después saldrá a la luz (*phanésetai*) que es tebano por su linaje y no se complacerá de tal suerte. Ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se trasladará a tierra extraña tanteando el camino con un bastón. Será manifiesto (*phanésetai*) que él mismo es, a la vez, hermano y padre de sus propios hijos, hijo y esposo de la mujer de la que nació y de la misma raza, así como asesino de su padre. Entra y reflexiona sobre esto. Y si me coges en mentira, di que yo ya no tengo razón en el arte adivinatorio.

[...]

YOCASTA. ¡En nombre de los dioses! Dime también a mí, señor, por qué asunto has concebido semejante enojo.
EDIPO. Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Es a causa de Creonte y de la clase de conspiración que ha tramado contra mí.
YOCASTA. Habla, si es que lo vas a hacer para denunciar claramente el motivo de la querella.
EDIPO. Dice que yo soy el asesino de Layo.
YOCASTA. ¿Lo conoce por sí mismo o por haberlo oído decir a otro?
EDIPO. Ha hecho venir a un desvergonzado adivino, ya que su boca, por lo que a él en persona concierne, está completamente libre.
YOCASTA. Tú, ahora, liberándote a ti mismo de lo que dices, escúchame y aprende que nadie que sea mortal tiene parte en el arte adivinatoria. La prueba de esto te la mostraré en pocas palabras. Una vez le llegó a Layo un oráculo —no diré que del propio Febo, sino de sus servidores— que decía que tendría el destino de morir a manos del hijo que naciera de mí y de él. Sin embargo, a él, al menos según el rumor, unos bandoleros extranjeros le mataron en una encrucijada de tres caminos. Por otra parte, no habían pasado tres días desde el nacimiento del niño cuando Layo, después de atarle juntas las articulaciones de los pies, le arrojó, por la acción de otros, a un monte infranqueable. Por tanto, Apolo ni cumplió el que éste llegara a ser asesino de su padre ni que Layo sufriera a manos de su hijo la desgracia que él temía. Afirmo que los oráculos habían declarado tales cosas. Por ello, tú para nada te preocupes, pues aquello en lo que el dios descubre alguna utilidad, él en persona lo da a conocer sin rodeos.
EDIPO. Al acabar de escucharte, mujer, ¡qué delirio se ha apoderado de mi alma y qué agitación de mis sentidos!
YOCASTA.- ¿A qué preocupación te refieres que te ha hecho volverte sobre tus pasos?
EDIPO. Me pareció oírte que Layo había sido muerto en una encrucijada de tres caminos.
YOCASTA. Se dijo así y aún no se ha dejado de decir.
EDIPO. ¿Y dónde se encuentra el lugar ese en donde ocurrió la

desgracia?
YOCASTA. Fócide es llamada la región, y la encrucijada hace confluir los caminos de Delfos y de Daulia.
EDIPO. ¿Qué tiempo ha transcurrido desde estos acontecimientos?
YOCASTA.- Poco antes de que tú aparecieras con el gobierno de este país, se anunció eso a la ciudad.
EDIPO. ¡Oh Zeus! ¿Cuáles son tus planes para conmigo?
YOCASTA. ¿Qué es lo que te desazona, Edipo?
EDIPO. Todavía no me interrogues. Y dime, ¿qué aspecto tenía Layo (*tòn dè Laíon physin tín' eîrpe phráze*) y de qué edad era?
YOCASTA.- Era fuerte, con los cabellos desde hacía poco encanecidos, y su figura no era muy diferente de la tuya (*morphês dè tês sês ouk apestátei poly*).
EDIPO. ¡Ay de mí, infortunado! Paréceme que acabo de precipitarme a mí mismo, sin saberlo, en terribles maldiciones.

[...]

En mi caminar llego a ese lugar en donde tú afirmas que murió el rey. Y a ti, mujer, te revelaré la verdad. Cuando en mi viaje estaba cerca de ese triple camino, un heraldo y un hombre, cual tú describes, montado sobre un carro tirado por potros, me salieron al encuentro. El conductor y el mismo anciano me arrojaron violentamente fuera del camino. Yo, al que me había apartado, al conductor del carro, le golpeé movido por la cólera (*di'orgês*). Cuando el anciano ve desde el carro que me aproximo, apuntándome en medio de la cabeza, me golpea con la pica de doble punta. Y él no pagó por igual, sino que, inmediatamente, fue golpeado con el bastón por esta mano y, al punto, cae redondo de espaldas desde el carro. Maté a todos. Si alguna conexión hay entre Layo y este extranjero, ¿quién hay en este momento más infortunado que yo? ¿Qué hombre podría llegar a ser más odiado por los dioses, cuando no le es posible a ningún extranjero ni ciudadano recibirle en su casa ni dirigirle la palabra y hay que arrojarle de los hogares? Y nadie, sino yo, es quien ha lanzado sobre mí mismo tales maldiciones. Mancillo el lecho del muerto con mis manos, precisamente con las que le maté. ¿No soy yo, en verdad, un canalla (*kakós*)? ¿No soy un completo impuro (*pâs ánagnos*)? Si debo salir

desterrado, no me es posible en mi destierro ver a los míos ni pisar mi patria, a no ser que me vea forzado a unirme en matrimonio con mi madre y a matar a Pólibo, que me crió y engendró. ¿Acaso no sería cierto el razonamiento de quien lo juzgue como venido sobre mí de una cruel divinidad? ¡No, por cierto, oh sagrada majestad de los dioses, que no vea yo este día (*ídoimi taúten heméran*), sino que desaparezca (*áphantos*) de entre los mortales antes que ver que semejante deshonor impregnado de desgracia llega sobre mí (*toiánd'ideîn kelîd'emautô symphorâs aphigménen*)!

[...]

CORO. [...] Ya no iré honrando a la divinidad al sagrado centro de la tierra, ni al templo de Abas ni a Olimpia, si estos oráculos no se cumplen como para que sean señalados por todos los hombres. Pero, ¡oh Zeus poderoso!, si con razón eres así llamado, que riges todo, no te pase esto inadvertido ni tampoco a tu poder siempre inmortal. Se diluyen los antiguos oráculos acerca de Layo, extinguiéndose, y Apolo no se manifiesta, en modo alguno, con honores (*koudamoû timaîs Apóllon emphanés*), y los asuntos divinos se pierden (*érrei dè tà theîa*).

[...]

YOCASTA. Y ¿qué podría temer un hombre para quien los imperativos de la fortuna son los que le pueden dominar, y no existe previsión clara de nada? Lo más seguro es vivir al azar, según cada uno pueda. Tú no sientas temor ante el matrimonio con tu madre, pues muchos son los mortales que antes se unieron también a su madre en sueños. Aquel para quien esto nada supone más fácilmente lleva su vida.

EDIPO.- Con razón hubieras dicho todo eso, si no estuviera viva mí madre. Pero como lo está, no tengo más remedio que temer, aunque tengas razón.

YOCASTA. Es una gran luz de esperanza (*mégas* [*g'*] *ophthalmós*) la tumba de tu padre.

[...]

MENSAJERO. Te encontré en los desfiladeros selvosos del Citerón.
EDIPO. ¿Por qué recorrías esos lugares?
MENSAJERO. Allí estaba al cuidado de pequeños rebaños montaraces.
EDIPO. ¿Eras pastor y nómada a sueldo?
MENSAJERO. Y así fui tu salvador en aquel momento.
EDIPO. ¿Y de qué mal estaba aquejado cuando me tomaste en tus manos?
MENSAJERO. Las articulaciones de tus pies (*podôn àn árthra*) te lo pueden testimoniar (*martyréseien*).
EDIPO. ¡Ay de mí! ¿A qué antigua desgracia (*archaîon ... kakón*) te refieres con esto?
MENSAJERO. Yo te desaté, pues tenías perforados los tobillos (*diatórous podoîn*).
EDIPO. ¡Bello ultraje (*kalón g'óneidos*) recibí de mis pañales!
MENSAJERO. Hasta el punto de recibir el nombre que llevas por este suceso (*host'onomásthes ek tyches taútes hòs eî*).

[...]

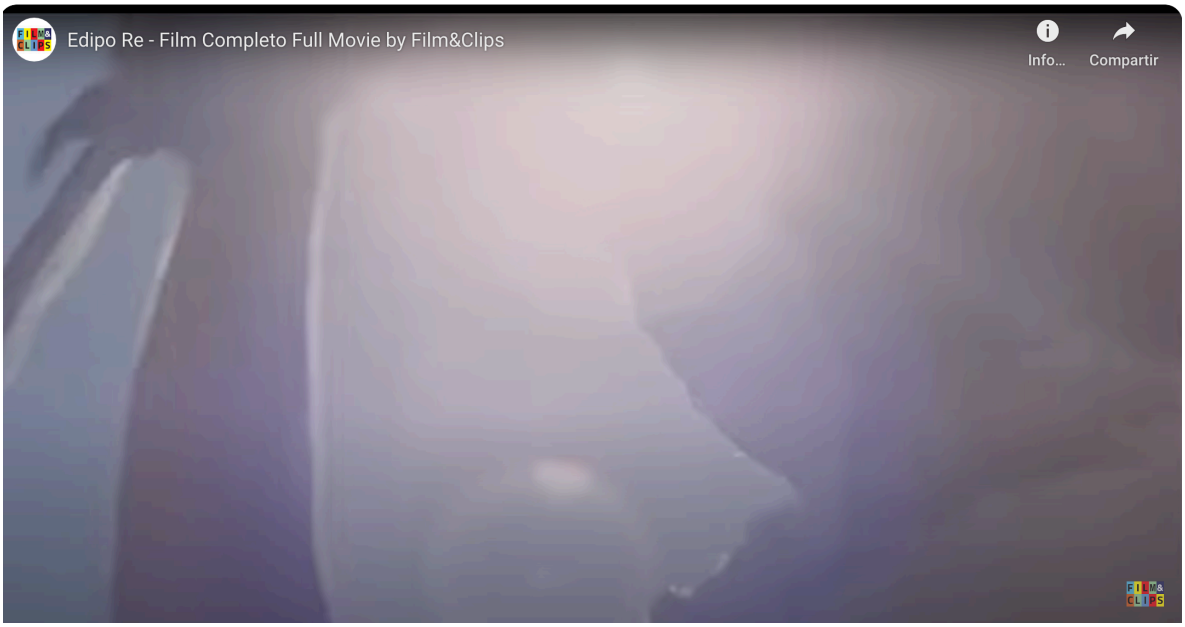
YOCASTA. ¡Oh desventurado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres (*eíthe mépote gnoíes, hòs eî*)!

[...]

CORIFEO. ¿Por qué se ha ido tu esposa, Edipo, tan precipitadamente bajo el peso de una profunda aflicción? Tengo miedo de que de este silencio estallen desgracias.
EDIPO.- Que estalle lo que quiera ella. Yo sigo queriendo conocer mi origen (*sperm'ideîn boulésomai*), aunque sea humilde. Esa, tal vez, se avergüence de mi linaje oscuro, pues tiene orgullosos pensamientos como mujer que es. Pero yo, que me tengo a mí mismo por hijo de la Fortuna (*paîda tês Tyches*), la que da con generosidad, no seré deshonrado, pues de una madre tal he nacido. Y los meses, mis hermanos, me hicieron insignificante y poderoso (*mikròn kaì mégan diórisan*). Y si tengo este origen, no podría volverme luego otro (*ouk àn exelthoím'éti pot'állos*), como para no llegar a conocer mi estirpe (*hóste mè'kmatheîn toumòn génos*).

[...]

CORIFEO. ¡Ah, tú que has cometido acciones horribles! ¿Cómo te atreviste a extinguir así tu vista?, ¿qué dios te impulsó (*tís s'epére daimónon*)?
EDIPO. Apolo era, Apolo, amigos, quien cumplió en mí estos tremendos, sí, tremendos, infortunios míos. Pero nadie los hirió con su mano sino yo, desventurado. Pues ¿qué me quedaba por ver a mí, a quien, aunque viera, nada me sería agradable de contemplar?



Pier Paolo Pasolini, *Edipo Re* (1967)
33:00-40:08

GRAVES

Robert Graves, *The Greek Myths*, 112.2[1]

1. La historia de Layo, Yocasta y Edipo ha sido deducida de un conjunto de iconos sagrados a través de una perversión deliberada de su significado. Un mito que explicaría el nombre de Lábdaco ("ayuda con antorchas") se ha perdido; pero puede referirse al arribo con luz de antorcha de un Niño Dividno, llevado por ganaderos o pastores en la ceremonia de Año Nuevo y aclamado como hijo de la diosa Brimo ("furiosa"). Esta eleusis o adviento era el hecho más importante en los Misterios Eleusinos y quizá también en los Ístmicos (v. 70.5), lo que explicaría el arribo de Edipo en la corte de Corinto. Los pastores propiciaban o rendían homenaje a muchos otros príncipes infantes legendarios o semi´legendarios, como Hipólito (b. 49.a), Pelias (v. 68.d), Anfión (v. 76.a), Egisto (v. 111.i), Moisés, Rómulo and Ciro, todos los cuales fueron abandonados en un monte o dejados a las olas en un arca, o ambas cosas. Moisés fue encontrado por la hija del Faraón cuando bajó a las aguas con sus mujeres. Es posible que Oedipus, "pie hinchado", fuese originalmente Oedipais, "hijo del mar henchido", que es el significado dado al héroe galés correspondiente, Dylan; y que la perforación de los pies de Edipo con un clavo pertenezca al final, no al comienzo de su historia, como en el mito de Talo (v. 92.m y 154.h).

[…]

d. Puesto que Edipo amaba a Pólibo y Peribea y temía traerles el desastre, decidió al punto no regresar a Corinto. Pero en el estrecho desfiladero entre Delfos y Daulis se encontró con Layo, que le ordenó ásperamente hacerse a un lado en el camino y dar paso a quienes eran sus mejores; Layo, cabe explicar, montaba un carrage y Edipo iba a pie. Edipo replicó que no reconocía mejores aparte de los dioses y sus propios padres.

"¡Tanto peor para ti!", exclamó Layo y ordenó a su auriga Polifonte seguir la marcha.

Una de las ruedas magulló el pie de Edipo y, llevado por la ira, ultimó a Polifonte con su lanza. Luego, arrojando a Layo al camino enredado en las riendas y azuzando a los caballos los hizo arrastrarlo hasta morir. El rey de Platea sepultó ambos cadáveres.[2]

---

[1] Numeración de los mitos y las secciones internas.

[2] La primera parte de este incidente es la que describe la tragedia de Eurípides: "Oh, extranjero, abre camino a la soberanía (*tyránnois*). Pero él sigue su marcha, en silencio y orgulloso. Y los caballos ensangrientan los tendones de sus pies (*pôloi dé nin / chelaîs ténontas exephoínisson podôn*).

[…]

El asesinato de Layo es un registro de la muerte ritual del rey solar a manos de su sucesor: arrojado de un carro y arrastrado por los caballos.

SÓFOCLES

Oidípous epì Kolónoi (*Edipo en Colono*), 1586-1666, 1697-1732
Traducción de Assela Alamillo

MENSAJERO . — Esto precisamente es lógico que sea digno de admiración. Cuando salió de aquí —y tú que estabas presente lo sabes— no le servía de guía ninguno de los suyos, antes bien, él en persona nos guiaba a todos nosotros. Una vez que llegó al abrupto camino s.lidamente arraigado desde la tierra por broncíneos cimientos, se detuvo en uno de los senderos que se bifurcan, cerca de la cóncava hondonada de la roca, donde reposan los pactos de lealtad eterna entre Teseo y Pirítoo. A partir de aquí, colocándose en el medio, entre la roca Toricia y el peral silvestre hueco y la tumba de piedra, se sentó.

A continuación se liberó de las mugrientas ropas, y entonces, llamando a sus hijas, les ordena que traigande algún manantial agua para lavarse y para las libaciones. Ellas, dirigi.ndose a la colina que tienen ante s. dedicada a Dem.ter, la que produce verdor en los campos, llevaron con prontitud a su padre este encargo y le arreglaron con los baños y con la ropa con que se acostumbra.

Tan pronto sintió la satisfacción de que todo estaba realizado y que no quedaba ya por hacer nada de lo que deseaba, tronó Zeus infernal y las muchachas se estremecieron cuando lo oyeron y, ca.das a los pies de su padre, lloraban y no dejaban de darse golpes de pecho ni de lamentarse continuamente. Y él, cuando oyó este repentino y amargo lamento, abrazándolas dijo: ¡Oh hijas, no tenéis ya padre en este día! Está muerto todo lo mío y ya no tendréis que afanaros por mi alimento. Era duro, hijas, lo sé. Pero una sola palabra os redime de todas estas penalidades: no podéis haber recibido de nadie un amor mayor que de este anciano sin el cual vais a pasar desde ahora el resto de vuestra vida.

De esta manera, teni.ndose abrazados entre sí, todos se lamentaban entre sollozos. Cuando hubieron puesto fin a sus pla.idos y ning.n grito se emit.a, se hizo el silencio. De repente una voz de alguien le llama a gritos de tal modo que a todos se nos erizan súbitamente los cabellos por el terror. Un dios le llama repetidas veces de distintas maneras: ¡Eh, a ti, a ti, Edipo! ¿A qué esperamos para marchar? Ya hace rato que hay retraso por tu parte.. Y cuando él se da cuenta que la divinidad le llama, manda que se le acerque Teseo, rey del país, y una vez que lo hizo, le dijo: ¡Oh amigo querido! Da con tu mano a mis hijas la antigua garantía y vosotras, hijas, a él, y promete que nunca las abandonarás por tu voluntad y que cumplirás cuantas cosas debas, creyendo honradamente que les son convenientes siempre para ellas.. Y él, noble como es, sin

lamentaciones, accedió bajo juramento a cumplir tales cosas para el extranjero.

Tan pronto hubo hecho esto Edipo, poniendo sus ciegas manos en sus hijas, dice: Hijas mías, es preciso que salgáis de estos lugares soport.ndolo con nobleza de ánimo y que no pretendáis ver lo que no es lícito ni escuchar lo que hablemos (*med'hà mè thémis leússein dikaioûn, medè phonoûnton klyein*). Ea, marchaos cuanto antes. Sólo el que está autorizado, Teseo, debe quedarse y conocer lo que va a suceder (*parésto manthánon tà drómena*).

Todos le oímos decir estas cosas. Acompañábamos a las muchachas derramando incesantes lágrimas. Cuando nos hubimos distanciado, al volvernos al cabo de muy poco tiempo, vimos desde allí que nuestro hombre ya no estaba presente en ninguna parte y que el rey, solo, se ponía la mano delante del rostro tapándose los ojos (*autòn ommáton epískion cheîr'antéchonta kratós*), como si se le hubiera mostrado una visi.n terrible e insoportable de ver (*hos deinoû tinos phóbou phanéntos oud'anaschetoû blépein*). Poco después, no obstante, tras un corto espacio de tiempo, vemos que él, arrodillándose, adora, a la vez, a la tierra y al Olimpo de los dioses en la misma plegaria.

Pero de qué muerte pereció aquel no podría decirlo ni uno solo de los mortales excepto Teseo. No le mató ni el rayo portador del fuego de una deidad ni un torbellino que del mar se hubiera alzado en aquel momento. Más bien, o algún mensajero enviado por los dioses o el sombrío suelo de la tierra de los muertos le dejó paso benévolo. El hombre se fue no acompañado de gemidos y de los sufrimientos de quienes padecen dolores, sino de modo admirable (*thaumastós*), cual ningún otro de los mortales. Y si doy la impresión de que no hablo con sensatez, tampoco suplicaría a los que no les parezco cuerdo.

ANTÍGONA. Una cierta añoranza hay incluso de los males. Pues lo que de ningún modo sería querido, lo era cuando a él lo tenía entre mis brazos. ¡Oh padre! ¡Oh querido! .¡Oh tú, envuelto en la eterna oscuridad bajo tierra (*aeì katà gâs skóton*), ni aunque te hayas ido te encontrarás sin mi cariño y el de ésta!

CORO. Acabó...

ANTÍGONA. Acabó cual deseaba.

CORO.¿Cómo?

ANTÍGONA. Ha muerto en la tierra extranjera que quería, y abajo tiene un lecho bien sombreado (*nérthen euskíaston*) para siempre. No dejó un duelo sin lágrimas. Pues estos ojos míos, ¡oh padre!, se lamentan con lágrimas. Y no sé, ¡desventurada!, cómo debo hacer para suprimir tanto dolor por ti. ¡Ay de mí! Sobre tierra extranjera

deseabas morir, pero lo has hecho así, separado de mí.

ISMENE. ¡Oh desdichada! ¿Qué destino nos espera a mí, oh querida, y a ti separadas de nuestro padre?

CORO. Pero ya que felizmente cumplió el desenlace de su vida, haced cesar esta aflicción. Pues ninguno está al abrigo de los males.

ANTÍGONA. Partamos de nuevo, querida.

ISMENE. ¿Para qué?

ANTÍGONA. Un deseo me domina...

ISMENE. ¿Cuál? Dímelo.

ANTÍGONA. Ver la subterránea morada (*tàn khthónion estían ideîn*)...

ISMENE. ¿De quién?

ANTÍGONA. De nuestro padre, ¡infortunada de mí!

ISMENE. ¿Y cómo va a ser lícito (*thémis*) esto? ¿Es que no lo ves (*môn oukh horâs*)?

ANTÍGONA. ¿Por qué me increpas?

ISMENE. Y, además, que...

ANTÍGONA. ¿Qué hay más?

ISMENE. Que murió sin tumba (*átaphos*), separado de todo.

FREUD

Sigmund Freud, “Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia” (1910 [1911])

Por último, queremos citar en este contexto al Sol, que tanta importancia hubo de adquirir, por medio de sus rayos, en la expresión del delirio. Schreber mantiene con el Sol relaciones singularísimas. El Sol habla con él en lenguaje humano, dándosele a conocer así como un ser vivo o como órgano de un ser superior oculto tras de él. Por uno de los certificados médicos averiguamos que al paciente le dirige, «a grandes gritos, insultos y amenazas», ordenándole que se oculte ante él. El mismo paciente nos comunica que el Sol palidece a su presencia. La participación del Sol en sus destinos se manifiesta en el hecho de mostrar importantes modificaciones en cuanto el mismo Schreber sufre alguna alteración, como sucedió, por ejemplo, durante las primeras semanas de su estancia en el sanatorio de Sonnestein. Una de sus manifestaciones nos facilita la interpretación de este mito solar, revelándonos que identifica al Sol con Dios, y tan pronto con el Dios inferior (Arimán) como-con el superior (pág. 137): «Al día siguiente vi al Dios superior (Ormuz); pero esta vez no con mis ojos espirituales, sino con mis ojos físicos. Era el Sol; pero no el Sol en su apariencia habítual, familiar a todos los hombres, sino, etc.» Obra, pues, lógicamente, tratando al Sol como si fuese Dios mismo.

No puede hacérseme responsable de la monotonía de las soluciones psicoanalíticas si ahora afirmo que el Sol no es, nuevamente, más que un símbolo sublimado del padre. El simbolismo se sobrepone aquí al género gramatical, por lo menos en alemán, pues en la mayoría de los demás idiomas el Sol es del género masculino. Su compañera en este reflejo de la pareja parental es la «madre Tierra». En la solución psicoanalítica de las fantasías patógenas de sujetos neuróticos hallamos constantemente comprobada esta interpretación. Sólo una observación dedicaremos a su relación con los mitos cósmicos. Una de mis pacientes, que había perdido tempranamente a su padre e intentaba buscarlo elementos elevados de la Naturaleza, me hizo vislumbrar que el himno de Nietzsche *A la aurora* daba expresión a igual nostalgia. Otro enfermo, que contrajo su neurosis inmediatamente después de la muerte de su padre, y sufrió el primer acceso de angustia y vértigo en ocasión en que el Sol le iluminó con sus rayos cuando se hallaba cavando en su jardín con una pala, interpretó espontáneamente su acceso diciéndome que se había asustado al ser sorprendido por su padre mientras hundía en el cuerpo de su madre un instrumento agudo. Luego, al oponerle yo alguna tímida objeción, hizo más plausible su interpretación, comunicándome que ya en vida

de su padre le había comparado con el Sol, aunque entonces tan sólo en sentido humorístico.

Ibíd., Apéndice (1911 [1912])

Vimos ya las singulares relaciones que el enfermo mantenía con el Sol, y las explicamos como un símbolo sublimado del padre. El Sol habla con él en lenguaje humano y se le da así a conocer como un ser vivo. El enfermo le injuria y le amenaza y asegura que sus rayos palidecen ante él cuando habla en voz alta vuelto hacia ellos. Después de su curación se vanagloria de que puede mirar al Sol sin ser deslumbrado por él, cosa que, naturalmente, no le hubiese sido posible antes.

A este privilegio delirante de poder mirar al Sol sin ser deslumbrado se enlaza el interés mitológico. En su obra Cultos, mitos y religiones escribe S. Reinach que los antiguos naturalistas atribuían únicamente una tal facultad a las águilas, las cuales, como habitantes de las más altas capas atmosféricas, se hallaban íntimamente relacionadas con el cielo, el Sol y el rayo. Y las mismas fuentes nos informan también de que el águila somete a sus crías a una prueba antes de reconocerlas como legítimas. Si no consiguen mirar al Sol sin parpadear, son expulsadas del nido.

Sobre la significación de este mito zoológico no podemos abrigar la menor duda. Queda atribuida en él a los animales una costumbre humana. Lo que el águila hace así con sus crías es una ordalía, una prueba de legitimidad, tal y como las llevaban a cabo los más distintos pueblos antiguos. Así, los celtas que vivían en las márgenes del Rin confiaban a sus hijos recién nacidos a las aguas del río para convencerse de que eran realmente de su sangre, y los psylos, antiguos pobladores de Trípoli, que se jactaban de descender de una pareja de serpientes, ponían en contacto a sus hijos con tales reptiles. Los legítimos no eran mordidos o se reponían rápidamente de las consecuencias de la mordedura. La premisa de estas pruebas nos adentra profundamente en el pensamiento totémico de los pueblos primitivos. El tótem, el animal o la fuerza natural, pensaba en forma animista, en los que la tribu cree descender, respetan a los pertenecientes a ella como a hijos suyos y son adorados y eventualmente respetados por ellos como sus antepasados. Hallamos aquí muchas cosas extraordinariamente apropiadas, a mi juicio, para facilitarnos una comprensión psicoanalítica de los orígenes de la religión.

El águila que obliga a sus hijos a mirar al Sol y exige que no se muestren deslumbrados por su luz se conduce, pues, como un descendiente del Sol, que somete a sus hijos a una prueba de su legitimidad. Y cuando Schreber se jacta de que puede mirar al Sol sin ser castigado ni deslumbrado, vuelve a descubrir con ello la expresión mitológica de su relación filial con el Sol y nos confirma de nuevo en nuestra opinión de que su Sol es un símbolo del padre. Recordando que Schreber expresa libremente

en su enfermedad el orgullo de su raza: «Los Schreber pertenecen a la más alta nobleza celestial», y que hemos hallado en su carencia de hijos un motivo humano de su fantasía optativa femenina, veremos ya claramente la relación de su privilegio delirante con los fundamentos de su enfermedad.

Este breve apéndice al análisis de un paranoico puede contribuir a demostrar cuán fundada es la afirmación de Jung de que las fuerzas productoras de mitos de la Humanidad no se han extinguido, sino que crean hoy en las neurosis los mismos productos psíquicos que en las épocas más antiguas. Retorné aquí sobre una alusión ya hecha en otro lugar, insistiendo en que lo mismo puede decirse de las energías productoras de las religiones.

A mi juicio, no puede tardar en llegar el momento de ampliar un principio que nosotros los psicoanalíticos hemos sentado hace ya largo tiempo, agregando a su contenido individual ontogénico su complemento antropológico filogénico. Hemos dicho que en el sueño y en la neurosis volvemos a hallar al niño con todas las peculiaridades de su pensamiento y su vida afectiva. Agregaremos ahora que también encontramos en él al salvaje, al hombre primitivo, tal y como se nos muestra a la luz de la Arqueología y la Etnología.

CANETTI

Elías Canetti, *Masa y poder*.

EL CASO SCHREBER. PRIMERA PARTE

Un documento abundante y fecundo a más no desear son las *Memorias* del antiguo presidente del Senado de Dresde, Schreber. Era éste un hombre de cultura y entendimiento; su profesión lo había educado para hacer formulaciones claras. Había pasado siete años como paranoico en varias clínicas cuando se decidió a poner por escrito con todo detalle lo que al mundo le parecería su sistema de delirio. Sus *Memorias de un neurópata* llegaron a ser todo un libro. Tan firmemente convencido estaba de la corrección y significación de su autocreada religión que, una vez dado de baja, la publicó impresa. Sus recursos lingüísticos parecen hechos de medida para representar tan peculiar formación de ideas; con ellos aprehende lo estrictamente necesario para que nada esencial quede oscuro. Defiende una causa y por fortuna no es poeta: así puede seguírsele por todas partes, sin tener que protegerse de él.

Quiero destacar algunos de los rasgos más notorios de su sistema, tan brevemente como sea posible. A mi parecer, este caso permite aproximarse mucho a la naturaleza de la paranoia. Si otros, que examinan el mismo documento, llegan a otros resultados, valga ello como prueba de la riqueza de estas *Memorias.*

La pretensión con que Schreber se presenta, se hace más nítida allí donde en apariencias él mismo la limita. «Es que yo también no soy más que un hombre -dice casi al comienzo-, y por ello estoy sujeto a los límites del conocimiento humano.» Es lo único que no admite duda para él, que se ha aproximado infinitamente más a la verdad que todos los otros hombres. Después pasa de inmediato a la eternidad. El pensamiento de la eternidad permea todo su libro, le significa a él más que al común de los hombres. Es ducho en ella y la contempla no sólo como si le correspondiese, sino como si le perteneciera. Calcula en gigantescos espacios de tiempo: sus experiencias abarcan siglos. Siente «como si noches singulares hubiesen durado siglos, de modo que dentro de este tiempo muy bien se podrían haber efectuado las más profundas modificaciones de la humanidad, de la Tierra misma y de todo el sistema solar». En el espacio cósmico no se siente menos en su casa que en la eternidad. Le fascinan en especial algunas constelaciones y estrellas aisladas: Casiopea, Vega, Capella, las Pléyades. Habla de ellas como si se tratara de paradas de autobús, a la vuelta de la esquina. Con todo eso, es muy consciente de la distancia real

que las separa de la tierra. Tiene conocimientos astronómicos y no achica el mundo. Al contrario, pareciera que los cuerpos celestes le atraen precisamente porque están tan distantes. La grandeza del espacio le seduce; quiere ser tan vasto como éste y esparcirse enteramente sobre él.

Pero no se tiene la impresión de que le importe el proceso de crecimiento; es más un *extenderse* que un crecer; quiere la anchura para fortalecerse y mantenerse en ella. La *posición* en cuanto tal es lo importante y no puede ser nunca lo suficientemente grande y eterna. El principio supremo que vale para él es el orden cósmico. Lo coloca por encima de Dios; cuando Dios intenta actuar en su contra, se topa con dificultades.

Schreber habla a menudo de su propio cuerpo humano como si se tratara de un *cuerpo celeste.* El orden del sistema planetario lo mantiene ocupado como a los demás el orden familiar. Desea estar contenido en él, fijado a través de él. La inmutabilidad y duración de las constelaciones, como realmente se conocen ya desde hace milenios, pueden también haberle atraído en especial. Una «ubicación» entre ellas era una ubicación para la eternidad.

Este *sentimiento de posición* del paranoico es de significación esencial: se trata siempre de defender y de asegurar una posición exaltada.

Tampoco en el poderoso, dada la naturaleza del poder, puede ser de otra manera: el sentimiento subjetivo que tiene de su posición en nada se diferencia del paranoico. Quien puede, se rodea de soldados y se encierra en fortalezas. Schreber, que se siente amenazado de múltiples maneras, se aferra a las estrellas. Porque, como se verá, el mundo está trastornado. Para hacer comprensibles estos peligros, hay que decir algo acerca de la población de su mundo.

El *alma* humana, opina Schreber, está contenida en los *nervios* del cuerpo. Mientras el hombre vive, es cuerpo y alma a la vez. Pero cuando muere, los nervios subsisten como alma. Dios es siempre sólo nervio, nunca cuerpo. Es semejante pues al alma humana, pero infinitamente superior a ella, porque el número de los nervios de Dios es ilimitado, y son eternos. Los nervios de Dios tienen la propiedad de transformarse en rayos, los rayos del sol y de las estrellas por ejemplo.

A Dios le complace el mundo que ha creado: no obstante, no interviene directamente en sus destinos. Después de la creación se ha retirado de él y en la mayoría de los casos permanece en lo remoto. Es que Dios *no* debe acercarse demasiado a los hombres, porque los nervios de los vivos tienen tal fuerza de atracción para él que ya no podría desprenderse de ellos y se vería amenazado en su propia existencia. Luego está siempre en guardia ante los vivos, y si alguna vez, a pesar de todo, se deja atraer a las cercanías por una plegaria ferviente o por un poeta, se retira lo más pronto posible, antes de que sea demasiado tarde.

«Un trato regular de Dios con las almas humanas sólo tiene lugar después de la muerte. Dios puede aproximarse a los cadáveres sin peligro, para sacar sus nervios del cuerpo y despertarlos a nueva vida celestial.» Pero antes los nervios humanos deben ser revisados y purificados para este fin. Dios sólo podía usar nervios humanos puros, porque era destino de ellos serle integrados y convertirse, por fin, «en vestíbulos del cielo, en partes constitutivas deél mismo». Un complicado proceso de purificación era necesario para ello, que ni siquiera Schreber es capaz de describir en detalle.

Cuando las almas habían pasado entonces a través de este proceso y ascendido al cielo, olvidaban paulatinamente quienes eran en la tierra; pero no todas con igual velocidad. Hombres eminentes como Goethe o Bismarck, conservaban su autoconciencia quizá durante siglos; pero nadie, ni el más grande, la conservaba para siempre. Porque finalmente «era destino de todas las almas *amalgamarse en unidades superiores, fundidas con otras almas* y con ello sentirse ya tan sólo - "vestíbulos del cielo"- partes constitutivas de Dios».

La fusión de las almas en una *masa* es aquí la suprema bienaventuranza. Se recuerdan no pocas representaciones de la iconografía cristiana: ángeles y santos, todos apretujados como nubes, a veces nubes de verdad en las que sólo mirando con detención se distinguen las cabezas.

Esta imagen es tan corriente que ya no se piensa en su significado. Expresa que la bienaventuranza no sólo consiste en la cercanía a Dios, sino en el modo compacto de estar juntos los pares. Con la designación «vestíbulos del cielo» se realiza el intento de configurar aún más densa la consistencia de esta masa de almas bienaventuradas. Realmente se han amalgamado en «unidades superiores».

Dios no comprende mucho de los hombres vivos. En partes ulteriores de las *Memorias* Schreber vuelve una y otra vez a reprocharle su incapacidad de comprender al hombre vivo y, particularmente, de juzgar correctamente su actividad pensante. Habla de la obcecación de Dios, que descansaría en su ignorancia de la naturaleza humana. Es que precisamente sólo estaría acostumbrado al trato con cadáveres y bien se guarda de acercárseles demasiado a los vivos. El eterno amor divino, en el fondo sólo existía frente a la creación como totalidad. Dios no es un ser de esa perfección absoluta que le atribuyen la mayoría de las religiones. Si no, no se habría dejado inducir a *conspirar* contra los inocentes, que era el núcleo propiamente dicho de la enfermedad de Schreber. Porque en la «maravillosa construcción» del mundo, tal como recién se describió, apareció de repente una fisura. Sobre los reinos de Dios se ha declarado una grave crisis relacionada con el destino personal de Schreber.

Se trata nada menos que de un caso de asesinato de alma. Schreber ya había estado enfermo una vez y se había confiado entonces a un psiquiatra de Leipzig, el profesor Flechsig. Después de un año fue dado de alta y pudo retomar su profesión. Entonces Schreber había quedado muy agradecido al psiquiatra, más todavía su mujer, «que en el profesor Flechsig veneraba francamente a aquel que le había devuelto a su marido, y que por este motivo tuvo durante años su retrato sobre la mesa de trabajo». Schreber pasó pues ocho años sanos, dichosos y de mucho trabajo junto a su mujer. Durante todo este tiempo tuvo repetidas oportunidades de ver el retrato de Flechsig sobre la mesa de trabajo de su mujer, y ello tiene que haberle preocupado mucho, sin que supiera bien por qué. Cuando enfermó de nuevo y comprensiblemente acudió otra vez a Flechsig, que tan bueno había probado ser en otra oportunidad, resultó que el personaje del psiquiatra se había acrecentado en el espíritu de Schreber hasta alcanzar dimensiones harto peligrosas.

Quizá Schreber, que como juez poseía alguna autoridad, le había guardado rencor secreto por haber estado durante un año en su poder. Se formó en él la convicción de que Flechsig practicaba un asesinato o secuestro de su alma. La idea de que era posible apoderarse del alma de otro era antiquísima y muy difundida. Era así que uno se apropiaba las fuerzas espirituales del afectado o conseguía una vida más larga para sí mismo. Por ambición y afán de dominar Flechsig había fraguado un *complot* con Dios y había procurado convencer aéste que no podía realmente depender del alma de un Schreber. Quizá se había tratado de una rivalidad incluso más antigua entre ambas familias: Schreber y Flechsig. Cualquier Flechsig puede haber tenido de pronto la sensación de que un miembro de la familia Schreber había aventajado a la suya. Por ello instigó una conspiración con elementos de los reinos de Dios, con miras acaso a que a los Schreber les fueran negadas determinadas profesiones, que podían llegar a tener relaciones más estrechas con Dios. Una profesión así era la de neurólogo; dada la significación de los nervios como sustancia de la que consistía Dios como todas las demás almas, era evidente cuánto poder detentaba un neurólogo. Así, ningún Schreber era psiquiatra, pero sí un Flechsig; el camino ulterior para el secuestro de almas estaba abierto a los conjurados; Schreber hallábase en poder del asesino de su alma.

Quizá sea útil referirse ya aquí al significado que tienen los complots para el paranoico. Las *conspiraciones o conjuraciones* están para él a la orden del día, es casi imposible no toparse en él con algo que no se le parezca, aunque sea remotamente. El paranoico se siente *cercado.* Su enemigo principal nunca se conformará con atacarlo solo. Siempre procurará azuzar contra él una *muta* odiosa y echársela encima en el momento preciso. Los miembros de la muta, permanecen al comienzo ocultos, pueden estar en cualquier parte. Fingen ser inofensivos e inocentes, como si no supieran qué acechan. Pero la penetrante fuerza mental del paranoico logra desenmascararlos.

Dondequiera que meta la mano extrae un conjurado. Siempre, aunque no ladre, la muta está presente; su disposición es inalterable. Una vez conquistados por el enemigo, siguen siendo lo que son, sus perros fielmente devotos. Puede tratarlos como quiera. Los mantiene sujetos a la traílla de su maldad aun a gran distancia. Los dirige como le da la gana, y de preferencia elige a aquellos que acosan desde todos lados simultáneamente y con gran superioridad al afectado.

Una vez urdida esta conspiración contra Schreber,¿cómo se desarrolló concretamente el combate contraél?¿Cuáles eran los objetivos de los conjurados y qué medidas adoptaron para alcanzar sus objetivos? El más importante, el objetivo propiamente dicho, pero no el único, del que no quisieron cejar durante largos años, era la destrucción de su entendimiento. Habíase de convertirlo en imbécil. La enfermedad de sus nervios habíase de llevar a tal extremo que pareciese de una vez por todas incurable.¿Qué podía herir más profundamente a un hombre de su mentalidad? Su enfermedad comenzó con un angustioso insomnio. Cualquier cosa que se hiciese era en vano. Desde un comienzo, opina Schreber, existió la intención de impedirle dormir y producir por insomnio su colapso espiritual. Como medio para ello fueron descargados sobreél sinnúmero de *rayos.* Se originaban primero en el profesor Flechsig; pero luego las almas de difuntos, que no habían finalizado aún su proceso de purificación, «almas probadas», como las llama Schreber, en creciente medida comenzaron también a interesarse y penetraron enél como rayos. Dios mismo participaba de este influjo. Todos estos rayos le *hablaban* pues aél, pero de manera imperceptible para los demás. Era como durante un rezo que uno recita callado, para sus adentros, sin pronunciar las palabras en voz alta. La penosa diferencia era solamente que las palabras de tal rezo dependen de la propia voluntad, mientras los rayos que le eran impuestos desde fuera decían lo que *ellos* querían.

«Podría mencionar aquí cientos, si no miles de nombres, que tenían relación conmigo como almas. Todas estas almas me hablaban como "voces", cada una de ellas sin saber nada de la presencia de las otras. El desesperante barullo que se formó por ello en mi cabeza, cada cual podrá apreciarlo…» A consecuencia de mi nerviosismo cada vez mayor, y a la consiguientemente incrementada fuerza de atracción, un número cada vez mayor de almas muertas se sentía atraído por mí, para luego disiparse sobre mi cabeza o dentro de mi cuerpo. En numerosas ocasiones el suceso terminaba en que las respectivas almas, por fin, como los llamados "hombrecitos" - minúsculas figuritas de forma humana, pero acaso sólo del tamaño de algunos milímetros - tenían una breve existencia sobre mi cabeza, para luego desaparecer por completo. En numerosas ocasiones me nombraban las estrellas o constelaciones estelares de las que procedían o "de las que dependían"… Había noches en que las almas goteaban como "hombrecitos" por cientos, si no por miles, sobre mi cabeza.

Yo siempre trataba de impedirles aproximarse, porque cada vez después de los sucesos precedentes tenía conciencia de la fuerza de atracción inconmensurablemente acrecentada de mis nervios, mientras que las almas siempre consideraban totalmente increíble tan amenazadora fuerza de atracción.»

«En la lengua de las almas me llamaba "el visionario", es decir, un hombre que ve espíritus, que tiene trato con espíritus o almas finadas. De hecho, desde que el mundo es mundo, casi no se habrá dado un caso como el mío, es decir, que un hombre haya entrado en trato continuo no sólo con almas finadas *singulares,* sino con la totalidad de todas las almas y con la omnipotencia de Dios mismo.»

Lo masivo de estos sucesos es evidente para Schreber. El cosmos, hasta las más remotas estrellas, está poblado por almas de finados. Todas tienen su lugar asignado, en el que moran: una u otra bien conocida estrella. De pronto, por su enfermedad,él *llega a* ser el punto central. A pesar de sus advertencias se apretujan contraél. Su atracción se hace irresistible. Podría decirse que las reúne como masa alrededor suyo; y puesto que –comoél subraya- se trata de la totalidad de todas las almas, representan en suma la mayor masa pensable. Pero no es simplemente que permanezcan reunidas como masa en torno aél, acaso como un «pueblo» en torno a su *«Führer».* Al contrario, con ellas sucede *de inmediato* lo que los pueblos que se amontonan en torno a sus caudillos experimentan en el transcurso de los años: enél se hacen cada vez *más pequeñas.* Apenas lo han alcanzado se encogen a toda velocidad hasta alcanzar el tamaño de pocos milímetros, y su verdadera relación entre ellas aparece así de la manera más convincente: él, en comparación a ellas, es un gigante; ellas, como minúsculas criaturas, se agitan en torno a él. Tampoco ello basta: el gran hombre las devora. Literalmente se le incorporan para luego desaparecer del todo. Su efecto sobre ellas es demoledor. Él las atrae y las reúne, él las empequeñece y las consume. Todo lo que fueron favorece sólo a su propio cuerpo. No es que hayan acudido para hacerle un bien. Su intención era específicamente

hostil; originalmente habían sido enviadas para trastornar su razón y para causar así su perdición. Pero es precisamente ante este peligro que él había crecido. Ahora que sabe *domarlas,* se siente muy orgulloso de su poder de atracción. A primera vista Schreber en la esfera de su delirio podría parecer un personaje de tiempos pasados, en los que el animismo estaba generalizado y las almas de los muertos zumbaban como murciélagos en torno a las orejas de los vivos. Es como si ejerciera la profesión de un chamán, que conoce de la manera más exacta los mundos de los espíritus, sabe ponerse en contacto directo con ellos y los hace servir para todo tipo de designios humanos. Se complace pues en hacerse llamar «visionario». Pero el poder de un chamán dista mucho de llegar tan lejos como el de Schreber. El chamán tiene a veces los espíritus dentro de sí, pero no se disuelven allí, siempre conservan su existencia separada, y se da por sentado que alguna vez debe volver a despedirlos.

Dentro de Schreber en cambio se amalgaman y desaparecen, como si nunca hubiesen existido por sí. Su delirio, bajo el disfraz de una concepción anticuada del mundo, que presupone la existencia de los espíritus, es en realidad el modelo exacto del poder *político,* que se nutre de la masa y se compone de ella. Todo intento de análisis conceptual del poder sólo puede ser más pobre que la claridad de la visión de Schreber. Todos los elementos de las circunstancias reales están dados en ella: la intensa y sostenida atracción sobre los individuos, que han de reunirse en una masa, su dudosa intención, su doma, empequeñecimiento a los que a ella pertenecen, su amalgamarse en el poderoso, que representa el poder político en su persona, en su *cuerpo-,* su grandeza que de esta manera debe *renovarse* interminablemente; y finalmente un último y muy importante aspecto que hasta ahora no ha sido mencionado, el sentimiento de lo *catastrófico,* que está vinculado con ello, una amenaza del orden universal que se deriva precisamente de aquella inesperada atracción propia, en rápido aumento.

En las *Memorias* hay numerosos testimonios de este sentimiento. Las visiones del fin de mundo de Schreber tienen algo de grandioso; se citará aquí por el momento un pasaje directamente vinculado con su atracción sobre las almas. Las almas, que gotean sobre él masivamente desde las estrellas, ponen en peligro con su comportamiento los cuerpos celestes de los que se originan. Parece que las estrellas *consisten* específicamente de estas almas; cuando éstas se alejan en gran número, para llegar donde Schreber, todo se disuelve.

«De todas partes llegaban noticias desastrosas, que ahora también había tenido que ser abandonadaésta o aquella estrella,ésta o aquella constelación; ora se decía que ahora también Venus estaba anegada, ora que había que descolgar todo el sistema solar, ora que Casiopea -toda la constelación- debería haber sido sintetizada en un único sol, ora que sólo las Pléyades aún era posible, quizá, salvarlas.»

La preocupación de Schreber por la duración de los cuerpos celestes, era sin embargo sólo *un* aspecto de su humor catastrófico. Mucho más significativo era otro hecho, con el que *comenzó* su enfermedad. No se refería a las almas de los difuntos, con las que, como ya se sabe, se hallaba en trato ininterrumpido, sino a sus semejantes. Porque no los había ya: *la humanidad entera había sucumbido.* A sí mismo Schreber se consideraba como el *único* hombre real superviviente. Las pocas figuras humanas que veía aún, su médico y los enfermeros del establecimiento u otros pacientes, por ejemplo, los creía pura apariencia. Eran «hombres fugazmente esbozados», que sólo le eran simulados para confundirlo. Venían como sombras o imágenes y se disolvían otra vez; él, por supuesto, no los tomaba en serio. Los verdaderos hombres habían sucumbido todos. *El único que vivía era él.* Este hecho no le fue revelado en visiones aisladas, no era reemplazado por opiniones opuestas;

estuvo firmemente convencido de eso durante años. De ésta su creencia estaban teñidas todas sus visiones de fin de mundo.

Consideraba posible que toda la institución de Flechsig y quizá la ciudad de Leipzig con ella, hubiera sido «excavada» de la Tierra y trasladada a cualquier cuerpo celeste. Las voces, que hablaban con él, le preguntaban a veces si es que Leipzig estaba aún en pie. Una de sus visiones le condujo, sobre una silla rodante, lejos, a las profundidades de la Tierra. Así vivió todos los períodos geológicos, hasta que de pronto se encontró en un bosque de carbón de piedra. Durante un temporal abandono del vehículo deambuló como por un cementerio, cruzó los sitios donde yacía la población de Leipzig, también la tumba de su propia mujer. Cabe observar aquí que su mujer estaba aún en vida y lo visitó repetidas veces en la institución.

De múltiples maneras Schreber se representaba cómo se había llegado a la desaparición de la humanidad. Pensaba en una disminución del calor solar, por mayor distanciamiento del sol y una consiguiente glaciación general. Pensaba en terremotos: le fue hecha la comunicación de que el gran terremoto de Lisboa había estado en relación con el caso de un visionario, que era semejante al suyo. La noticia de la aparición de un mago, precisamente del profesor Flechsig, en el mundo moderno y la repentina desaparición de Schreber, una personalidad algo conocida en amplios círculos, habría provocado pavor y espanto entre los hombres y destruido las bases de la religión. Un nerviosismo e inmoralidad general habríanse expandido y epidemias devastadoras habrían irrumpido sobre la humanidad. Se hablaba de la lepra y de la peste, dos enfermedades que apenas se conocían en Europa. En su propio cuerpo advirtió síntomas de la peste. Aparecía en diferentes formas. Había la peste azul, la parda, la blanca y la negra.

Pero mientras los hombres sucumbían a todas estas terribles epidemias, Schreber mismo era curado por rayos bienhechores. Porque, en verdad, había que distinguir entre dos especies diferentes de rayos, los rayos «mutiladores» y los «bienhechores». Los primeros estaban cargados con ponzoña de cadáveres u otra materia en putrefacción, introducían un virus de enfermedad dentro del cuerpo o provocaban otros efectos destructores en él. Los rayos «bienhechores» o puros remediaban el daño que aquéllos habían causado.

No se tiene la impresión de que estas catástrofes hayan irrumpido sobre la humanidad muy en contra de la voluntad de Schreber. Al contrario, éste parece experimentar la satisfacción de que las persecuciones a las que estaba expuesto por el profesor Flechsig hubieran conducido a tan monstruosas consecuencias. La humanidad entera es castigada y exterminada, porque se ha permitido estar *en contra, de él.* Sólo él es protegido por los rayos «benditos» de los efectos de las epidemias. Schreber queda como único superviviente porque él mismo así lo quiere. Él quiere ser el único

aún erguido con vida en medio de un gigantesco campo de cadáveres, y ese campo de cadáveres contiene a todos los demás hombres. En ello se muestra no sólo paranoico; es la tendencia más profunda en todo *poderoso* «ideal» ser el último en quedar con vida. El poderoso envía a los demás a la muerte para ser él mismo perdonado por la muerte: la desvía de sí. No sólo le es indiferente la muerte de los otros; todo lo impulsa a provocarla de manera masiva. Acude a este expediente radical especialmente cuando s;i dominio sobre los vivos es impugnado. No bien se siente amenazado, su pasión de ver a *todos* muertos ante sí, casi no es ya refrenable por consideraciones racionales.

Se podría objetar que este enfoque «político» de Schreber está fuera de lugar. Que sus visiones apocalípticas son de naturaleza religiosa. Que no pretende dominio alguno sobre los vivos; que el poder de un visionario por su naturaleza es otro. Ya que su delirio se *inicia* con la idea de que todos los hombres están muertos y han sucumbido, mal podría atribuírsele un interés temporal.

Lo erróneo de esta objeción se mostrará muy pronto. Se encontrará en Schreber un sistema político que parecerá aterradoramente familiar. Pero antes de ilustrarlos, más vale decir algo acerca de su concepción del gobierno divino.

Fue Dios mismo, opina él, «quien determinó la línea normativa completa de la política perseguida en contra mío…». «Dios habría estado en condiciones en cualquier momento de aniquilar un hombre incómodo paraél, por medio de una enfermedad mortífera o por la fulminación de un rayo…» «No bien se producía una colisión de los intereses de Dios con hombres aislados o grupos de la humanidad, quizás incluso con toda la población de un planeta, debía nacer en Dios, como en cualquier otro ser animado, el instinto de autoconservación. ¡Piénsese en Sodoma y Gomorra!…» «Sería impensable que Dios negara a cualquier hombre individual la medida de bienaventuranza que le corresponde, dado que toda multiplicación de los "vestíbulos del cielo" servía exclusivamente para aumentar su propio poder y reforzar las defensas contra los peligros resultantes del acercamiento a la humanidad. Una colisión entre los intereses de Dios y los de los hombres no podía producirse bajo la condición previa de un comportamiento conforme al orden del universo de los hombres.» El que, a pesar de eso, se hubiese producido con él tal colisión de intereses, era un caso totalmente único en la historia universal, que sin duda jamás volvería a producirse. Habla del «restablecimiento de la autocracia de Dios sobre el cielo»; de «una especie de cooperativa federada del alma de Flechsig con partes de Dios», que dirigía su vanguardia hostil contra él; la metamorfosis de la situación entre los partidos así creada, habríase conservado en lo esencial hasta el día de hoy. Menciona las «colosales fuerzas del lado de la omnipotencia de Dios» y la «resistencia inútil» de su lado. Expresa la suposición de «que la atribución de poderes del profesor Flechsig, como administrador de una provincia de Dios, deben haberse extendido hasta

América». Lo mismo parecería válido para Inglaterra. Es mencionado un neurólogo vienés que «pareciera ser una especie de administrador de los intereses divinos para otra provincia de Dios, específicamente las partes territoriales eslavas de Austria». Entre aquél y el profesor Flechsig había comenzado una lucha por la supremacía.

De estas citas, que están extraídas de partes muy distantes de las *Memorias,* resulta una imagen extremadamente clara de Dios: nada es Dios sino detentador del poder. Su reino tiene provincias y partidos. Los intereses de Dios, como se los designa de manera concisa y cortante, tienden a un aumento de su poder. Esto y ninguna otra cosa es la razón por la que no negaría a hombre alguno la medida de bienaventuranza que le corresponde.

Los hombres incómodos son barridos del camino. No se puede negar que este Dios está sentado como una araña en el centro de la tela de su política. De allí no es grande el salto a la propia política de Schreber.

Quizá debería adelantarse que Schreber creció en la vieja tradición protestante de Sajonia y que veía con desconfianza todo afán conversional católico. Su primera declaración sobre los *alemanes* se vinculaba con la victoriosa guerra de 1870-1871.

Había recibido insinuaciones bastante ciertas respecto a que el riguroso invierno del año 1870-1871 era cosa decidida por Dios para inclinar la suerte de la guerra del lado de los alemanes. Pero Dios también tenía una debilidad por el idioma de los alemanes. Durante su purificación las almas aprenden la «lengua básica» hablada por Dios mismo, un alemán algo arcaico, pero vigoroso. Esto no quería decir que la bienaventuranza estaba destinada sólo a los alemanes. *Pero fuera* como *fuera,* los alemanes *serían,* en *los* tiempos *moder*nos - desde la Reforma, quizá ya desde la migración- el pueblo elegido de Dios, de cuya lengua se sirve de preferencia. En el correr de la historia, unos tras otros -como los pueblos respectivamente más eficientes en *lo* moral- habían llegado a ser pueblo elegido de Dios los antiguos judíos, luego los antiguos persas, ulteriormente los grecorromanos y finalmente los alemanes.

Este pueblo elegido, los alemanes, está naturalmente amenazado por múltiples peligros. En primer lugar, las maniobras de los católicos.

Recuérdense aquellos cientos, si no miles, de nombres que podía nombrar, puras almas que, como rayos, tenían trato con él y que, todas, le hablaban.

En muchos portadores de estos nombres se hallaba en primer plano el interés religioso. Específicamente, había muchos católicos entre ellos, que esperaban un fomento del catolicismo, una catolización especialmente de Sajonia y Leipzig; entre ellos, el párroco St. de Leipzig, «catorce católicos de Leipzig» (probablemente una asociación católica), el padre jesuita S. en Dresde, los cardenales Rampolla,

Galimberti y Casati, el papa mismo; finalmente numerosos monjes y monjas; en determinada oportunidad entraron de una sola vez doscientos cuarenta monjes benedictinos bajo la conducción de un padre «como almas en mi cabeza, para encontrar allí dentro su perdición». Entre las almas sin embargo también se encontraba un neurólogo vienés, judío bautizado y eslavófilo, que a través de Schreber quería eslavizar Alemania y al mismo tiempo establecer el dominio del judaísmo.

El catolicismo como se ve se presenta aquí de manera muy completa: aparecen no sólo los simples creyentes, que en Leipzig se reúnen en ominosas asociaciones, sino también toda la jerarquía eclesiástica. Se menciona a un padre jesuita y con ello se evoca todo el peligro vinculado con el nombre de los jesuitas. Como supremos dignatarios eclesiásticos aparecen tres cardenales con armoniosos nombres italianos y el papa en persona.

Monjes y monjas aparecen por montones. Incluso pululan como insectos en el edificio en que vive Schreber. En una visión, que no he citado, ve cómo el ala femenina de la clínica neurológica de la universidad se convierte en convento de monjas; en otra oportunidad, en capilla católica. Bajo el techo del

establecimiento hay hermanas de la caridad. Lo más impresionante es la procesión de los doscientos cuarenta monjes benedictinos bajo la conducción de un padre. Ninguna forma de autorrepresentación es más adecuada al catolicismo que la procesión. El grupo cerrado de monjes, en cuanto cristal de masa, suplanta a la totalidad de los creyentes católicos. La imagen de la procesión activa en los espectadores la propia fe latente, y experimentan de pronto el deseo de agregarse a ella. Así el cortejo aumenta por la adhesión de todos aquellos frente a los que pasa; en realidad debería hacerse infinito. Tragándose esta procesión, Schreber simbólicamente da el golpe de gracia a todo el catolicismo.

De la agitada primera época de su enfermedad, que Schreber llama la época sacra, se destaca por su intensidad un período de unos catorce días, el período del primer juicio de Dios. Se trata de una serie de visiones que se sucedieron día y noche y a las que servía de base una «idea general común». El núcleo de esta idea era en lo esencial político, si bien aguzado de manera mesiánica.

El conflicto entre el profesor Flechsig y Schreber había llevado a una crisis peligrosa para la existencia de los reinos de Dios. Por este motivo el pueblo alemán, en especial la Alemania evangélica, no podía mantener la dirección en cuanto pueblo elegido. Quizá saldría incluso con las manos vacías cuando se ocuparan otras esferas celestes -planetas habitados- si no aparecía un paladín para el pueblo alemán que demostrara su perpetua dignidad. Este paladín había de ser ya Schreber mismo, ya otra personalidad. A instancias de las voces proporcionó los nombres de algunos hombres

sobresalientes que le parecían apropiados como paladines para tal lance. A la idea básica del primer juicio de Dios pertenecían el avance del catolicismo, del judaísmo y del eslavismo. De influencia esencial sobre él fueron ciertas representaciones que se referían a todo lo que él llegaría a ser en una futura metempsicosis.

«Me fueron atribuidos sucesivamente los papeles… de un "educando jesuita en Ossegg", de un "burgomaestre de Klattau", de una "muchacha alsaciana que debe defender su honor de estirpe contra un victorioso oficial francés", por fin "de un príncipe mongol". En todas estas predicciones creí reconocer una cierta relación con el cuadro de conjunto resultante de las demás visiones… La futura destinación de un educando jesuita en Ossegg, de un burgomaestre en Klattau y de una muchacha alsaciana en la situación arriba descrita, la consideré como vaticinio de que el protestantismo había sucumbido ya o sucumbiría al catolicismo, como sucumbiría el pueblo alemán en su lucha con sus vecinos románicos y eslavos; la perspectiva de llegar a ser un príncipe mongol, me pareció una anunciación de que, después de que todos los pueblos arios hubiéranse mostrado inadecuados como soporte de los reinos de Dios, debía buscarse desde ahora un último asilo entre los pueblos no arios.»

La «época sacra» de Schreber cae en el año 1894. Tiene Schreber una inclinación a precisiones exactas de lugar y fecha. Para el período del «primer juicio de Dios» proporciona datos muy precisos. Seis años más tarde, el año 1900, cuando su delirio ya se había decantado y fortalecido, se abocó a la redacción de sus *Memorias*; en 1903 fueron publicadas en forma de libro. No se podrá negar que su sistema político llegó a obtener grandes honores algunos decenios más tarde. En versión algo más brutal y menos «culta» se convirtió en el credo de un gran pueblo. Bajo la conducción de un «príncipe mongol» llegó a la conquista del continente europeo y, por poco, al dominio del mundo. Con ello las exigencias de Schreber fueron reconocidas a posteriori por sus desprevenidos discípulos. De nosotros no puede esperarse buenamente lo mismo. Pero bien ha de servir el hecho irrefutable de una amplia coincidencia de ambos sistemas, como justificación para el que aquí se haya dedicado tanta atención a un único caso de paranoia; queda más aún por tratar.

En varios aspectos Schreber por cierto se adelanta a su siglo. Por el momento no era imaginable una ocupación de planetas habitados. Ningún pueblo elegido se ha visto perjudicado aún en la empresa. Pero los católicos, los judíos y los eslavos él ya los percibía de la misma manera *personal* que el posterior paladín -no designado por él-, como *masas* hostiles, y los odió por su mera existencia. Una urgente tendencia de aumentar les era innata en cuanto masas. Nadie ve mejor las propiedades de la masa que el paranoico o el poderoso, palabras que -como ahora quizá ya se admitirá- son equivalentes. Porque él, para designar a ambos con un único pronombre, sólo se ocupa de las masas que quiere enemistar o dominar, y éstas tienen en todas partes la misma simple faz.

Es notable cómo Schreber determina sus futuras existencias. De las cinco que enumera, sólo la primera, emitida anteriormente, es de carácter apolítico. Las tres siguientes lo colocan en el centro de las posiciones disputadas con más violencia; se infiltra como educando entre los jesuitas; se hace burgomaestre de una ciudad en la foresta de Bohemia, donde hay conflictos entre alemanes y eslavos; como muchacha alemana busca defender la Alsacia contra un victorioso oficial francés; su «honor de estirpe» se aproxima peligrosamente al honor de raza de sus sucesores. La más reveladora, sin embargo, es sin duda su quinta encarnación como príncipe mongol. La explicación que da para ello se asemeja mucho a una excusa. Se avergüenza de esa existencia en definitiva «no aria», y la justifica con que los pueblos arios habrían fracasado. En realidad no se imagina otro príncipe mongol que Gengis Khan. Las pirámides de cráneos de los mongoles lo fascinan, su amor por los campos de cadáveres no es desconocido al lector.

Aprueba esta manera manifiesta y millonaria de terminar con los enemigos. Quien los extermina a todos deja de tenerlos y disfruta del espectáculo de us indefensos montones. Schreber se vio regresar, parece, en todas estas cuatro existencias a la vez. Su mayor éxito lo tuvo como príncipe mongol.

De esta observación tan detenida de un delirio paranoico, por el momento ha resultado con certeza una cosa: lo religioso se interpenetra aquí con lo político, son inseparables: redentores del mundo son una única persona. La ambición de poder es el núcleo de todo. La paranoia es, en el sentido literal de la palabra, una *enfermedad del poder.* Un estudio de esta enfermedad en todos sus aspectos instruye sobre la naturaleza del poder con una integridad y claridad que no es posible alcanzar de otra manera. Uno no deberá dejarse ofuscar por el hecho de que en un caso como el de Schreber el enfermo nunca haya realizado de verdad la monstruosa ambición que le consume. Otros la alcanzaron. Algunos de éstos lograron borrar hábilmente las huellas de su ascenso y mantener oculto su sistema perfectamente desarrollado. Algunos tuvieron menos suerte, o demasiado poco tiempo. El éxito aquí como en todo depende exclusivamente de casualidades. Reconstruirlas, simulando una legitimidad, se llama historia. Por cada gran nombre de la historia podrían, individualmente, figurar otros cien. Talento como maldad están ampliamente repartidos en la humanidad. Cada uno tiene apetito y cada uno está, como un rey, de pie sobre interminables campos de cadáveres de animales. Un examen concienzudo del poder debe prescindir por completo del éxito como criterio. Sus propiedades como sus aberraciones deben ser reunidas cuidadosamente y comparadas. Un enfermo mental que, expulsado, indefenso y despreciado, ha pasado sus días aletargado en una institución, puede, por los conocimientos que ayuda a proporcionar, ser mucho más significativo que Hitler y Napoleón, e iluminar a la humanidad acerca de su maldición y sus señores.

EL CASO SCHREBER. SEGUNDA PARTE

La conjuración que se había formado contra Schreber, no sólo estaba dirigida al asesinato de su alma y a la destrucción de su entendimiento. Se pensaba hacer otra cosa no menos detestable con él: transformar su cuerpo en el de una mujer. Como mujer había de abusarse deél y «luego se lo haría simplemente a un lado, al parecer, entregado así a la descomposición». La idea de su transformación en mujer lo ocupó incesantemente durante los años de su enfermedad. Sentía cómo eran enviados a su cuerpo nervios femeninos en forma de rayos, que lentamente predominaban.

Al comienzo de su enfermedad, Schreber intentó de todas las maneras posibles quitarse la vida para escapar a tan espantosa degradación. Cada baño que tomaba, lo vinculaba con representaciones de muerte por inmersión. Reclamaba veneno. Pero la desesperación de Schreber por su intentada transformación en una mujer no duró mucho. Poco a poco se creó en él la convicción de que justamente de este modo iba a garantizar la existencia de la humanidad. Es que, debido a terribles catástrofes, todos los hombres habían sucumbido. Él, el único que restaba, como mujer podía traer al mundo un nuevo linaje. Para él sólo era aceptable Dios como padre de sus hijos. Debía conquistar el amor de Dios. Reunirse con Dios era un gran honor; hacerse cada vez más mujer para él, arreglarse seductoramente para él, atraerlo de cualquier manera femenina no le parecía en lo más mínimo, al barbudo ex-presidente del Senado, escándalo ni degradación. Así se podía también hacer frente al complot de Flechsig. Se ganaba el favor de Dios; el Todopoderoso que se sentía cada vez más atraído por la hermosa hembra Schreber, caía en cierta dependencia de ella. Con tales medios, que a otros podrán parecer chocantes, Schreber logró efectivamente ligar a Dios a su persona. No sin resistencia Dios se sometió a este destino algo ignominioso.

Siempre vuelve a apartarse de Schreber; por cierto, sería su deseo liberarse por entero de él. Pero el poder de atracción de Schreber se ha hecho demasiado grande.

Se encuentran declaraciones que se refieren a este tema a lo largo de todas las *Memorias.* A primera vista quizá se esté tentado de señalar la idea de su transformación en una mujer como el núcleo mítico de su delirio. Por supuesto ha sido precisamente este punto el que ha provocado el mayor interés porél. Se ha intentado reducir este caso en particular y luego también la paranoia en sí, a disposiciones homosexuales reprimidas.

Difícilmente es posible un error mayor. *Todo* puede llegar a ser *causa* de una paranoia; lo esencial es, sin embargo, la *estructura* y la *población* del delirio. Los fenómenos de poder en el delirio siempre tienen una significación decisiva. Incluso en el caso Schreber, en el que quizá mucho hable en favor de la mencionada interpretación, un análisis más exacto de este aspecto, que no está contemplado aquí,

provocaría dudas de importancia. Pero aun supuesto el caso que se considere demostrada la tendencia homosexual de Schreber, más importante aparece la utilización específica que ella encuentra en su sistema. Schreber siempre percibió como ente central de su sistema el ataque contra su entendimiento. Todo lo que creyó e hizo estaba destinado a rechazar este ataque. Para *desarmar* a Dios se quiso transformar en mujer: su ser- hembra era lisonja y sumisión a Dios; así como otros se arrodillan ante él, se ofreció a sí mismo para el deleite. Para atraerlo a su lado, para apoderarse deél, lo sedujo bajo falsas apariencias. Y así lo retiene por todos los medios.

«Se trata de un asunto que no sólo no tiene analogías en la experiencia humana, sino que en el orden universal mismo nunca estuvo prevista. ¿Quién querría ante tal relación explayarse en insostenibles suposiciones para el porvenir? Lo seguro para mí, es que nunca se podrá llegar a esa destrucción de mi entendimiento proyectada por Dios. Sobre este punto tengo claridad absoluta desde hace años, y con ello queda apartado para mí el peligro principal que pareció amenazarme durante el primer año de mi enfermedad.»

Estas frases se encuentran en el último capítulo de las *Memorias.* Con su redacción parece haber intervenido un esencial apaciguamiento de Schreber. El que las hubiese concluido, el que otros las leyeran en el manuscrito y estuviesen impresionados por ellas, le devolvió definitivamente la fe en su entendimiento. Ya sólo le restaba pasar a un contraataque, hacer accesible su sistema a todo el mundo mediante la impresión de sus *Memorias* y, como sin duda era su esperanza, convencerlo de *su* creencia.

¿De qué manera se condujo la lucha contra el entendimiento de Schreber en particular? Que estaba acosado por innumerables «rayos», que le hablaban, ya se sabe. Pero *iqué* era concretamente lo que los rayos enemigos querían destruir de sus capacidades y certezas mentales? *iQué* decían, cuándo hablaban, y qué atacaban de veras? Vale la pena explorar aún un poco este proceso. Schreber se defendió de sus enemigos con la mayor tenacidad. La descripción que da de ellos y de su rechazo es todo lo exhaustiva que se puede desear. Hay que desprenderla del contexto del mundo autocreado de su «delirio», como acostumbra decirse según vieja convención, e intentar transponerla a nuestra habla más llana. No se puede evitar que así se pierda algo de su peculiaridad.

Al respecto cabría citar primero su *coerción a pensar,* queél mismo designa así. Hay calma en él sólo cuando habla en voz alta; entonces todo en torno suyo es silencio mortal, y tiene la impresión como si se moviera entre cadáveres ambulantes. Todos los demás hombres, pacientes o enfermeros, parecen haber perdido totalmente la

facultad de hablar aunque sea una sola palabra. No bien pasa del hablar al callar se anuncian las voces dentro de él y le obligan a una incansable actividad pensante.

Es su intención quitarle el sueño y el reposo. Le hablan en forma incesante, es imposible no oírlas o ignorarlas. Él está en manos de todo lo que dicen y debe ocuparse a fondo de ello. Las voces tenían distintos métodos que aplicaban alternativamente. Uno de los favoritos era la pregunta directa: «¿En qué está pensando ahora?».él no tenía ganas de responder a esta pregunta. Si callaba, sin embargo, contestaban por él y decían por ejemplo: «¡En el orden universal debería pensar!». Tales respuestas las resentía como «falsificación de ideas». No sólo se le interrogaba de modo inquisitorial, también se le quería obligar a cierto orden de las ideas. Ya las *preguntas,* que intentaban penetrar en sus secretos, provocaban su oposición; ¡cuánto más la respuesta que sus pensamientos le imponían! *Preguntas* y *orden* (o indicación) eran igualmente una intervención en su libertad personal. Como medios del poder, ambas son bien conocidas; como juez, él mismo les había manipulado circunstanciadamente.

Las pruebas que debía sufrir Schreber eran variadas e imaginativas. Se le interrogaba; se le imponían pensamientos; se confeccionaba un catecismo con sus propias frases y palabrerías; se controlaba cada uno de sus pensamientos y no se dejaba pasar ninguno desapercibido; cada palabra era examinada en vista de lo que para él significaba. Su carencia de secreto frente a las voces era completa. Todo era revisado, todo sacado a la luz. Él era el objeto de un poder al que le importaba la omnisciencia. Pero aunque debía soportar que se le infligiese tantas cosas, en realidad nunca se dio por vencido. Una forma de su rechazo era el ejercicio de *su propia* omnisciencia. Se demostraba a sí mismo lo bien que funcionaría su memoria; aprendía poesías, contaba en voz alta en francés, recitaba todas las gobernaciones rusas y los departamentos franceses.

Con la conservación de su entendimiento se refería principalmente a la inamovilidad del contenido de su memoria; lo más importante era la incolumidad de las *palabras.* No hay ruidos que no sean voces: el mundo está lleno de palabras. Ferrocarriles, pájaros y máquinas *hablan.* Cuando él mismo calla, las palabras provienen inmediatamente de los otros. Entre las palabras no hay nada. El descanso, al que se refiere, el que añora, nada sería sino una *libertad de palabras.* Pero no la hay en ninguna parte. Cualquier cosa que le suceda, le es comunicado simultáneamente en palabras.

Tanto los rayos mutiladores como los benéficos están dotados de habla y, como él, están obligados a utilizarla. « ¡No olvide, los rayos deben hablar!» Es imposible exagerar la significación de las palabras para el paranoico. Están por doquier como alimañas; siempre alerta. Se reúnen en un orden universal que nada deja fuera de sí.

La tendencia más extrema de la paranoia es quizá la de aprehender por completo el mundo por las *palabras,* como si el lenguaje fuera un puño y el mundo estuviese encerrado dentro.

Es un puño que nunca más se vuelve a abrir. Pero ¿cómo logra cerrarse? Aquí hay que remitirse a una manía de *causalidad* que se coloca como fin en sí y que en este grado no se da sino en los filósofos. Nada sucede sin causa, basta preguntarse por ella. Siempre se encuentra una causa. Todo lo desconocido se reduce a algo conocido. Lo extraño que se acerca es desenmascarado como una propiedad secreta. Tras la máscara de lo nuevo siempre hay algo viejo, sólo debe calársela sin ningún temor y arrancarla. El *fundamentar* se hace pasión que se ejercita en todo. Schreber ve perfectamente claro este aspecto de su coerción a pensar. Mientras se lamenta amargamente de los fenómenos antes relatados, ve en esta manía de fundamentación «una especie de compensación por la iniquidad aél acaecida». A las frases comenzadas, «arrojadas» dentro de sus nervios, pertenecen con especial frecuencia conjunciones o giros adverbiales que expresan una relación de causalidad: «por qué sólo», «por qué, porque», «por qué, porque yo», «a no ser que».éstas como todas las demás, debe completarlas y, en esa medida, también ellas ejercen una coerción sobre él. «Pero me fuerzan a meditar sobre muchas cosas ante las que el hombre suele pasar sin prestarles atención, y por ello han contribuido a profundizar mi pensamiento.» Schreber está muy conforme con su manía de fundamentación, que le depara mucha alegría; encuentra argumentos plausibles para justificarlas. Sólo el acto original de la creación se lo deja a Dios. Ata todo lo demás que hay en el mundo, con una cadena de motivos forjada porél mismo, y así se lo apropia.

Pero la manía de fundamentación no es tan razonable. Schreber se encuentra con un hombre que ha visto con frecuencia, y lo reconoce a primera vista como el «Señor Schneider». Es un hombre que no disimula; inofensivo como el que todos conocen. A Schreber sin embargo no le basta este simple proceso de reconocimiento. Querría que tras ello hubiera más, y le es difícil conformarse con que tras el señor Schneider nada más hay por descubrir. Schreber está habituado a *desenmascarar,* cuando nada ni nadie hay por desembozar, hace conjeturas en el aire. El suceso del des enmascaramiento y del *desembozo* tiene para el paranoico -y no sólo para él - una significación fundamental. Deél también deriva la manía de la causalidad; todas las *razones* se buscaban originalmente en las *personas.* Es aquí oportuno estudiar más detenidamente el desenmascaramiento, del que ya hemos hablado en otros capítulos.

La tendencia a descubrir de pronto entre muchas caras desconocidas, quizás en la calle, una que a uno le parece conocida, seguramente es familiar a todo ser humano. Cuán a menudo resulta ser un error; el supuesto conocido se aproxima o uno se dirige a él; es alguien que uno no ha visto jamás. Nadie se preocupa de la equivocación. Cualquier rasgo casualmente parecido, la postura de la cabeza, la manera de caminar,

el pelo, fueron motivo de confusión y la aclaran. Pero hay períodos en que estas confusiones se acumulan. Un ser muy determinado *se le aparece a uno por doquier.*

Está frente a locales en los que uno quiere entrar, o en esquinas concurridas. Aparece varias veces al día; naturalmente es alguien que le preocupa a uno, que uno ama o, quizá con más frecuencia aun, que uno odia. Uno sabe que se ha mudado a otra ciudad, lejos, allende el mar; a pesar de ello uno cree reconocerlo. El error se repite, uno persevera en él. Es claro que uno *quiere* encontrar a esa persona tras otros rostros. Uno ve a los otros como una ilusión que oculta lo verdadero. Muchos pueden prestarse para esta ilusión, tras todos los que uno supone que está ese que busca. Hay una urgencia en este proceso que no da sosiego: cien rostros son sacados como máscaras, para que aparezca tras ellos el único que importa. Si tuviera que señalarse la diferencia capital entre ese y los otros cien, debería deciros: los cien son *desconocidos* y el uno es *familiar.* Es como si sólo pudiera reconocerse lo familiar. Pero se oculta y se le debe buscar en lo desconocido.

En el paranoico este fenómeno se concentra y se agudiza. El paranoico sufre de una atrofia de la metamorfosis que parte de su propia persona - absolutamente inmutable- y desde allí recubre todo el resto del mundo. Incluso suele ver lo que es realmente distinto como si fuera *lo mismo.* Vuelve a encontrar a su *enemigo* en las figuras más distintas. En cualquier lugar del que arranque una máscara, aparece su enemigo. A causa del secreto que supone subyacer a todo, a causa del desenmascaramiento, todo se le hace máscara. *El* es el *calador*; lo *mucho* es *uno.* Con la creciente rigidez de su sistema el mundo se hace más y más pobre en personajes reconocidos; sólo resta lo que pertenece al drama de su delirio. Todo es sondeable de la misma manera y es sondeado hasta el final. Finalmente nada queda sino él y lo que él domina.

En lo más hondo se trata aquí de lo inverso de la metamorfosis. El proceso del desembozo o desenmascaramiento puede ser asimismo muy bien definido como *desconversión.* Algo es reconducido coercitivamente sobre sí mismo a determinada posición, a determinada postura en la que se le quiere tener, que se considera la suya propia y auténtica. Se comienza como espectador; se parte de la observación de los demás que se transforman unos en otros. Quizá se contemple momentáneamente la mascarada; pero no se la aprueba, no se encuentra placer en ella. De pronto se dice: « ¡Alto!» y se pone punto final a ese breve, animado acontecer. « ¡Desenmascarar!» se exclama, y cada cual aparece como de veras es. Está prohibido entonces seguir transformándose. La representación se terminó. Las máscaras fueron caladas. Este proceso retrógrado de la *desconversión* no se da casi nunca enteramente puro, porque en general está teñido por expectativas de hostilidad. Las máscaras han querido engañar al paranoico. Su metamorfosis no fue desinteresada. Por sobre todo les importaba el secreto. En qué se convirtieron, qué debían representar era más bien

secundario; lo principal era que en ningún caso fueran reconocibles. La contraoperación del amenazado al arrancar las máscaras es tan brutal y odiosa, por cierto tan violenta e impresionante, que con demasiada facilidad uno pasa por alto la metamorfosis precedente.

Las *Memorias* de Schreber nos llevan, al respecto, muy cerca del meollo del asunto. Schreber recuerda laépoca primera cuando todo enél estaba aún fluyente. En el primer año de su enfermedad, en la «época sacra», pasó una o dos semanas en una pequeña clínica privada, que le fue indicada por las voces como la «cocina del diablo». Fue, como dice, el «tiempo del más loco exceso de prodigios». Lo que allí vivió como metamorfosis y desembozos, mucho antes de que su delirio se rigidizara y asentara, es la mejor ilustración de todo lo arriba expuesto.

«Durante el día, en general yo permanecía en el salón común de la clínica, en el que había un perpetuo salir y entrar de otros presuntos pacientes del establecimiento. De mi control especial parecía encargarse un guardián, en el que por semejanza quizás fortuita, creí reconocer al ordenanza de la Audiencia Territorial, que durante mi actividad profesional en Dresde traíame las actas a casa. Tenía por lo demás la costumbre de ponerse de vez en cuando mis propias prendas de vestir. Como presunto director médico de la institución aparecía a veces -generalmente durante las horas de la tarde- un caballero, que a su vez me recordaba al Dr. O., que yo había consultado en Dresde… El jardín del establecimiento lo pisé sólo una vez para dar un paseo. En aquel entonces vi algunas damas, entre ellas la señora del pastor W. de Fr., y mi propia madre, como asimismo algunos caballeros, entre ellos el concejal de la Audiencia Territorial, K., de Dresde; éste sin embargo, con la cabeza deformemente aumentada. La aparición de tales semejanzas podría haberla encontrado comprensible a lo más en dos o tres casos, pero no así el hecho de que casi todo el público de pacientes de la institución, es decir, varias docenas de seres humanos, llevara la fisonomía de personalidades que me habían estado próximas en la vida.» Como pacientes veía «puras figuras fantásticas, entre ellas unos personajes tiznados, en ropajes de cañamazo… Aparecían durante la entrada al salón de veladas, uno tras otro, sin el menor ruido y se alejaban igualmente sin ruido, sin, según parecía, tomar recíprocamente nota de sí. Constaté repetidas veces que algunos de ellos, durante su permanencia en el salón de veladas, *trocaban sus cabezas,* es decir, sin abandonar el salón, de pronto se paseaban con otra cabeza».

«El número de pacientes que avisté en el redil -así designaba un patio al que salía a respirar- y en el salón de veladas, simultánea o sucesivamente, no tenía ninguna relación con el tamaño de los recintos institucionales. Según mi convicción era de todo punto imposible que las cuarenta o cincuenta personas, que eran llevadas conmigo al redil y que a la señal de retorno se apretujaban otra vez hacia la

puerta de la casa, hubieran podido todas hallar aquí alojamiento por la noche… La planta baja, de costumbre *pululaba* de figuras humanas.»

Entre las figuras del redil recuerda un primo de su esposa, que se había pegado un tiro ya en 1887, y el fiscal general B., que siempre tomaba una actitud devota, en cierto modo orante, en la que permanecía inmóvil. Otras gentes, que reconoce, son un consejero privado, un presidente del Senado, otro consejero de Audiencia Territorial, un abogado de Leipzig, que había sido su amigo de juventud, su sobrino Fritz y una fugaz conocida de un verano de Warnemünde. A su suegro lo ve una vez desde la ventana que da sobre el camino que conducía a la institución.

«Aconteció repetidas veces que vi una cantidad de personas, una vez incluso algunas damas, que después de haber cruzado el salón de veladas, entraban en las piezas adyacentes, en las que luego deben haber desaparecido. Entre tanto escuché también repetidas veces el particular *estertor* que estaba vinculado con la disolución de los "hombres fugazmente esbozados".»

«No sólo las figuras humanas sino también los objetos inanimados eran motivo de prodigio. Por muy escéptico que ahora intente parecer, durante el examen de mis recuerdos, no puedo borrar de mi memoria ciertas impresiones, según las cuales también se transformaban las prendas de vestir de los seres humanos por mí vistos y el contenido de mi plato durante la comida (por ejemplo, el asado de cerdo en asado de ternera o viceversa).»

En este relato hay hechos bastante notables. Schreber ve más gente de la que propiamente podría haber; todos son llevados a un *redil.* Junto con ellas se siente, como lo señala la expresión, *degradado a animal:* es lo que en él más se acerca a una vivencia de masa. Pero tampoco en el «redil» de los pacientes llega Schreber a abrirse de verdad. Contempla con atención el juego de las metamorfosis, con ojo crítico, es cierto, pero no propiamente con hostilidad. Hasta los alimentos y las prendas de vestir se transforman unos en otros. Lo que más le preocupa son sus *reconocimientos.* Cada uno que se le aparece, es en realidad algún otro al que antes conocía bien. Se encarga de que nadie le sea verdaderamente desconocido. Pero estos desenmascaramientos tienen todos aún un carácter relativamente bonachón. Sólo habla con odio del enfermero jefe, en un pasaje no citado aquí.

Reconoce a mucha y muy diversa gente, aún no aparece la visión estrecha y exclusiva. En vez de desenmascararse por momentos, la gente troca de inmediato sus cabezas: es difícil concebir una manera más divertida y generosa del embozo.

Pero las aventuras de Schreber tenían sólo pocas veces este carácter malicioso y liberador. Un tipo muy distinto de visiones, que tuvo a menudo en su «época sacra», conduce, según creo, directamente a la *situación original de la paranoia.*

El sentimiento de estar *cercado* por una *muta de enemigos*, todos los cuales ponen la vista en uno, es un sentimiento básico de la paranoia. Se expresa de la manera más limpia en las visiones de ojos: se ven *ojos* por doquier, por todos lados; estos ojos por nada se interesan sino por uno mismo y con un interés extremadamente amenazador. Las criaturas a las que pertenecen estos ojos tienen la intención de vengarse de uno. Durante mucho tiempo uno les ha hecho sentir impunemente el propio poder; si son animales, se les ha cazado de la manera más implacable, están amenazados por la exterminación y por consiguiente, de manera inesperada, se levantan ahora contra uno. Esta situación original de la paranoia se encuentra de modo concluyente e inequívoco en las leyendas de caza de muchos pueblos.

No siempre estos animales conservan la figura de presa que tienen para el hombre. Se convierten en criaturas más peligrosas, que el hombre teme desde siempre. Acercándose a él, llenando su pieza, ocupando su cama, acrecientan al extremo su terror. Schreber mismo, de noche, sentíase acosado por osos.

Muy a menudo abandonaba la cama y se sentaba en el piso de su dormitorio. Las manos, que había apoyado tras su espalda en el piso, le eran levantadas a considerable altura por figuras con apariencia de oso *-osos negros-.* Veía otros osos negros, más grandes y más pequeños, sentados a su alrededor, con ojos ardientes. Su ropa de cama se convertía en «osos blancos». Al anochecer -aún estaba despierto- aparecían gatos con ojos incandescentes sobre los árboles del jardín de la institución.

Pero no se quedó en estas *mutas animales.* El enemigo principal de Schreber, el psiquiatra Flechsig, tenía una manera particularmente pérfida y peligrosa de formar *mutas celestiales* contraél. Se trataba de un fenómeno peculiar que Schreber llamaba *división de almas.*

El alma de Flechsig se subdividió hasta ocupar toda la bóveda celeste con sus partes, de modo que los rayos divinos encontraban resistencia por doquier. Toda la bóveda celeste parecía tensada de nervios que ofrecían un obstáculo mecánico a los rayos divinos; era imposible sobrepasar esos nervios. Semejaban una fortaleza sitiada, protegida de la acometida del enemigo por murallas y fosos. El alma de Flechsig se había subdividido para este fin en un gran número de partes; durante un tiempo existieron unas cuarenta, hasta sesenta partes, entre ellas muchas muy pequeñas.

Parece que luego también otras «almas probadas» comenzaron a ulterior acceso aél. Pese al fasto que puede tener un sepelio, el cadáver mismo no aparece, es la celebración de su ocultamiento y sustracción. Para comprender a Schreber hay que pensar en las momias de los egipcios, entre quienes la personalidad del cadáver se conserva, se cuida y se admira. Por amor a Dios Schreber se comportó durante meses como una momia, no como un cadáver; su propia expresión en este caso no es del todo acertada.

El segundo motivo de su inmovilidad, el temor a malgastar rayos divinos, lo comparte con innumerables culturas, repartidas por toda la faz de la tierra, en las que se ha cristalizado una concepción sacra del poder. Él mismo se percibe como un recipiente en el que se reúne, poco apoco, la esencia divina. Cualquier mínimo movimiento puede tener por consecuencia que se derrame algo de ella. Por eso Schreber no debe moverse nada. El poderoso retiene el poder con el que está cargado, sea porque lo siente como sustancia impersonal que se le podría acabar, o porque una instancia superior espera de él este comportamiento ahorrativo, como acto de veneración. Se *rigidizará* lentamente en la postura que le parece más favorable para la conservación de su preciosa substancia; todo desvío de ella es peligroso y debe llenarlo de preocupación. El evitarlo concienzudamente garantiza su existencia. Algunas de estas posturas en su igualdad a través de siglos han llegado a ser modelos. La estructura política de muchos pueblos tiene su núcleo en la postura rígida y exactamente prescrita de un individuo *único.*

También Schreber cuidó de un pueblo, que si bien no lo consideraba rey, sí una especie de *«patrono nacional».* En algún cuerpo celeste alejado se había realizado un intento de creación de una nueva humanidad «de espíritu schreberista». Aquellos hombres nuevos eran físicamente de porte mucho más pequeño que nuestros hombres terrestres. Habían sin embargo alcanzado un nivel cultural considerable y criaban también, proporcionalmente a su menor estatura física, una especie bovina más pequeña. Schreber mismo habríase convertido, en cuanto «patrono nacional», en objeto de veneración divina, de manera que *su postura física* sería de algún significado para su fe.

La naturaleza de determinada postura, que debe entenderse de manera muy concreta y física, aparece aquí con gran claridad. No solamente estos hombres fueron creados de la sustancia de Schreber; de la postura de Schreber depende también su fe.

El *entendimiento* de Schreber tuvo que correr, como se ha visto, los peligros más refinados en el transcurso de su enfermedad. Pero también las intervenciones dirigidas contra su *cuerpo* burlan toda descripción. Casi ninguna parte de su cuerpo quedó a salvo. Los rayos no olvidaban ni pasaban por alto nada, literalmente a cada parte de su cuerpo le tocaba su turno. Los efectos de sus intervenciones aparecían de manera tan repentina y sorpresiva que sólo podía considerarlos como milagros.

Había por un lado los fenómenos vinculados con su intentada transformación en mujer. A éstos los había aceptado y no les opuso mayor resistencia.

Pero aparte de esto, casi no es de creer lo que le sucedió. Le pusieron una lombriz en los pulmones. Le destrozaron provisoriamente las costillas. En lugar de su sano estómago natural, aquel neurólogo vienés le injertó en el vientre un «estómago judío» de mala calidad. Los destinos de su estómago eran de por sí muy cambiantes. A

menudo vivió totalmente sin estómago: expresamente explicó al enfermero que no podía comer pues no tenía estómago. Si luego comía, a pesar de ello, el alimento se vertía en la cavidad abdominal y en los muslos. Sin embargo se acostumbró a este estado y más tarde comía con brío, sin problemas, sin estómago. El esófago y los intestinos estaban a menudo desgarrados o habían desaparecido. Más de una vez tragó, mientras comía, partes de su laringe.

Mediante los «hombrecitos» que le fueron colocados en los pies, se intentó bombearle su médula espinal, de manera que durante sus paseos por el jardín se evaporara en forma de nubecita por su boca. Con frecuencia tenía la sensación de que la tapa de su caja craneana había adelgazado.

Cuando tocaba el piano o escribía, intentaban paralizarle los dedos. Algunas almas adoptaban forma de diminutas figuras humanas, de no más de pocos milímetros, y hacían de las suyas en las más diversas partes de su cuerpo, a veces en el interior, a veces en su superficie exterior. Algunas estaban ocupadas con la apertura y cierre de sus ojos: estaban sobre los ojos, entre las cejas, y desde allí, con hilos finísimos como telarañas, tiraban de los párpados para arriba y para abajo. En ese entonces casi siempre había gran número de «hombrecitos» reunidos sobre su cabeza. Formalmente se paseaban sobre su cabeza, acudiendo curiosos adonde había nuevos deterioros que apreciar. Hasta participaban de sus comidas, ingiriendo a menudo una minúscula parte de los bocados que él paladeaba.

Mediante una dolorosa comezón de los huesos en la región del talón y en el trasero intentaban hacerle todo imposible, caminar o estar de pie, sentarse o acostarse. En ninguna posición o durante ninguna ocupación se le toleraba mucho: si caminaba, se procuraba obligarlo a tenderse, y si estaba tendido, volver a levantarlo del lecho. «Los rayos no parecían comprender que un hombre que existe, en definitiva, tiene que *estar en alguna parte.»*

De estos fenómenos quizás habría que retener una cosa que todos tienen en común: se trata de *una penetración.* El principio físico de la impenetrabilidad de los cuerpos aquí ya no tiene vigencia. Así como Schreber quiere esparcirse por doquier, en línea recta a través del seno de la tierra, así también todo se esparce en línea recta a través de él y realiza sus travesuras con y dentro de él. Habla mucho de sí como cuerpo celeste; sin embargo, ni siquiera su cuerpo humano le está asegurado. El tiempo de su esparcimiento, durante el que anuncia sus pretensiones, parece ser también el tiempo propiamente dicho de su penetrabilidad. *Tamaño* y *persecución* están íntimamente ligados en él, ambos se manifiestan en su *cuerpo.*

Pero, puesto que a pesar de todos los ataques siguió viviendo, se creó la convicción enél de que los rayos también lo *curaban.* Todas las sustancias impuras de su cuerpo eran reabsorbidas mediante los rayos. Se había podido permitir comer,

aun sin estómago, con brío y sin problemas. Gracias a los rayos eran otra vez eliminados.

Así se concibe la sospecha de que con todos los ataques contra su cuerpo se apuntaba a su *invulnerabilidad.* Su cuerpo había de demostrarle todo lo que era capaz de resistir. Cuanto más dañado y conmovido estuviera, tanto más firme finalmente quedaría.

Schreber comenzó a dudar de si era del todo mortal. ¿Qué era el veneno más potente comparado con los tormentos que había soportado? Si hubiera caído al agua y se hubiera ahogado, probablemente le habrían hecho una reanimación y le habrían otra vez estimulado la actividad cardiaca y la circulación de la sangre. Si se hubiera pegado un balazo en la cabeza, los órganos internos y partes óseas destruidas habrían podido ser reconstruidas.

Al fin y al cabo había vivido largo tiempo sin órganos de importancia vital. Todo le habría vuelto a crecer. Tampoco las enfermedades naturales podrían llegar a ser peligrosas para él. Después de muchos dolorosos tormentos y dudas aquel intenso anhelo de *invulnerabilidad* se había convertido en él en una indiscutible conquista.

En el curso de este ensayo se ha mostrado cómo este afán de invulnerabilidad y la manía de sobrevivir confluyen. También en esto el paranoico muestra ser la réplica exacta del poderoso. La diferencia entre ellos sólo es la de su situación en el mundo exterior. En su estructura interna son uno y lo mismo. Puede que se encuentre más impresionante al paranoico, porque se basta a sí mismo y no se deja conmover por su fracaso exterior. La opinión del mundo no le vale nada, su delirio se yergue sólo contra toda la humanidad.

«Todo lo que ocurre -dice Schreber- es referido a mí. Yo me he convertido para Dios en el hombre en absoluto o en el único hombre, en torno al que todo gira, al que todo lo que ocurre debe ser referido y el que por consiguiente también desde su punto de vista ha de referir todas las cosas a sí mismo.»

La idea de que todos los demás hombres habrían sucumbido, que efectivamente él era el único hombre y no sólo el único que importaba, lo dominó, como se sabe, durante varios años. Sólo paulatinamente cedió a una opinión más mitigada. Del único hombre vivo llegó a ser el único que cuenta. No se podrá rechazar la suposición de que detrás de cada paranoia, como detrás de cada poder, se halla la misma tendencia profunda: el deseo de barrer a los otros del camino, para ser el único, o en la forma más atenuada y admitida a menudo, el deseo de servirse de los demás para que con su ayuda uno llegue a ser el único.

BATAILLE

Georges Bataille, “Soleil pourri” (“Sol podrido”), *Œuvres* I, 231-231.
Traducción de Juan Manuel Garrido W.

El sol, humanamente hablando (vale decir, por cuanto se confunde con la noción de mediodía), es la concepción más *elevada*. Es también lo más abstracto, porque es imposible mirarlo fijamente en dicho momento. Para terminar de describir la noción de sol en el espíritu de aquél que, debido a la incapacidad de los ojos, debe necesariamente emascularla, hay que decir que ese sol posee poéticamente el sentido de la serenidad matemática y de la elevación de espíritu. En cambio si, pese a todo, se lo fija con suficiente obstinación, hay supuesta cierta locura y la noción cambia de sentido porque, en la luz, ya no es la producción sino el desecho lo que aparece, vale decir la combustión, expresada bastante bien, sicológicamente, por el horror que provoca una lámpara de arco en incandescencia. En suma, el sol fijado se identifica a la eyaculación mental, a la espuma en los labios y a la crisis de epilepsia. Y así como el otro sol (ese que no se mira) es perfectamente bello, éste que miramos puede ser considerado como horriblemente feo. Mitológicamente, el sol visto se identifica con un hombre que degüella un toro (Mitra), con un buitre que devora el hígado (Prometeo); con ése que mira con el toro degollado o con el hígado devorado. El culto mitríaco del sol culminaba en una práctica religiosa muy expandida: desnudo se metía alguien en una suerte de fosa cubierta por un enrejado de madera sobre el cual un sacerdote degollaba un toro; así, de pronto recibía una ducha de sangre tibia, acompañada de un ruido de lucha del toro y de mugidos: simple manera de recoger moralmente las virtudes del sol enceguecedor. Es obvio que el toro mismo –claro que degollado– es por su parte una imagen del sol. Asimismo ocurre con el gallo, cuyo grito horrible, peculiarmente solar, siempre es vecino de un grito de degolladura. Puede agregarse que el sol también ha sido expresado mitológicamente por un hombre degollándose a sí mismo y también por un ser antropomorfo *desprovisto de cabeza.* Todo esto nos conduce a decir que el *summum* de la elevación prácticamente se confunde con una caída súbita, y de inaudita violencia. El mito de Ícaro es singularmente expresivo de este punto de vista: parte claramente el sol en dos, uno que resplandece en el momento de la elevación de Ícaro y otro que hizo la cera fundirse, determinando la defección y la caída chillona cuando Ícaro se aproximó demasiado.

Esta distinción de dos soles a partir de la actitud humana es de enorme importancia por el hecho de que, de ese modo, los movimientos sicológicos descritos no son, en su impulso, momentos desviados y atenuados por elementos secundarios. Pero esto

indica por otra parte que sería *a priori* ridículo tratar de determinar equivalencias precisas de tales movimientos en una actividad tan compleja como la pintura. No obstante es posible decir que la pintura académica correspondía más o menos a una elevación de espíritu sin exceso. En la pintura de hoy, en cambio, la búsqueda de una ruptura de la elevación llevada hasta su extremo, y de un resplandor con pretensión enceguecedora, participa en la elaboración o en la descomposición de las formas, pero esto a lo sumo se manifiesta en la pintura de Picasso.

BATAILLE

Georges Bataille, “Le gros orteil” (“El dedo gordo”), *Œuvres* I, 231-234.

El dedo gordo del pie es la parte más *humana* del cuerpo humano, en el sentido de que ningún otro elemento del cuerpo se diferencia tanto del elemento correspondiente del mono antropoide (chimpancé, gorila, orangután o gibón). Lo que obedece al hecho de que el mono es arborícola, mientras que el hombre se desplaza por el suelo sin colgarse de las ramas, habiéndose convertido él mismo en un árbol, es decir, levantándose derecho en el aire como un árbol, y tanto más hermoso en la medida en que su erección es correcta. De modo que la función del pie humano consiste en darle un asiento firme a esa erección de la que el hombre está tan orgulloso (el dedo gordo deja de servir para la prensión eventual de las ramas y se aplica al suelo en el mismo plano que los demás dedos).

Pero cualquiera que sea el papel desempeñado en la erección por su pie, el hombre, que tiene la cabeza ligera, es decir, elevada hacia el cielo y las cosas del cielo, lo mira como un escupitajo so pretexto de que pone ese pie en el barro.

Aun cuando dentro del cuerpo la sangre fluye en igual cantidad de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba, se ha tomado el partido de lo que se eleva y la vida humana es considerada erróneamente como una elevación. La división del universo en infierno subterráneo y en cielo completamente puro es una concepción indeleble. El barro y las tinieblas son los *principios* del mal del mismo modo que la luz y el espacio celeste son los *principios* del bien: con los pies en el barro pero con la cabeza cerca de la luz, los hombres imaginan obstinadamente un flujo que los eleva sin retorno en el espacio puro. La vida humana implica de hecho la rabia de ver que se trata de un movimiento de ida y vuelta, de la basura al ideal y del ideal a la basura, una rabia que resulta fácil dirigir hacia un órgano tan bajo como un pie.

El pie humano es sometido generalmente a suplicios grotescos que lo vuelven deforme y raquítico. Es imbécilmente destinado a los callos, a las durezas y a los juanetes; y si sólo tenemos en cuenta costumbres que están en vías de desaparecer, a la suciedad más repugnante: la expresión campesina "tiene las manos tan sucias como los pies", que ya no es válida hoy para toda la colectividad humana, lo era en el siglo XVII.

El secreto espanto que le provoca al hombre su pie es una de las explicaciones de la tendencia a disimular en la medida de lo posible su longitud y su forma. Los tacos más o menos altos según el sexo le quitan al pie una parte de su carácter bajo y plano.

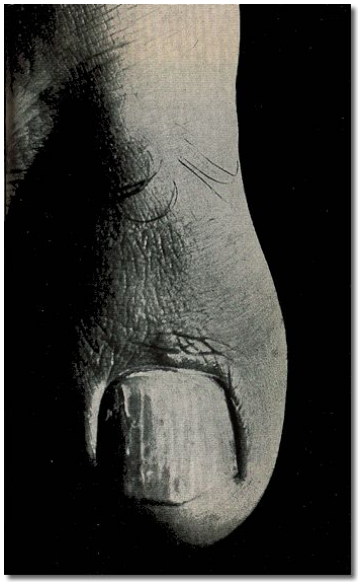
Además tal inquietud se confunde frecuentemente con la inquietud sexual, lo que es particularmente sorprendente entre los chinos quienes, tras haber atrofiado los pies de las mujeres, los sitúan en el punto más excesivo de sus desviaciones. El mismo marido no debe ver los pies desnudos de su mujer y en general es incorrecto e inmoral mirar los pies de las mujeres. Los confesores católicos, adaptándose a esa aberración, les preguntan a sus penitentes chinos "si no han mirado los pies de las mujeres"

Idéntica aberración se da entre los turcos (turcos del Volga, turcos del Asia Central) que consideran inmoral mostrar sus pies desnudos e incluso se acuestan con medias.

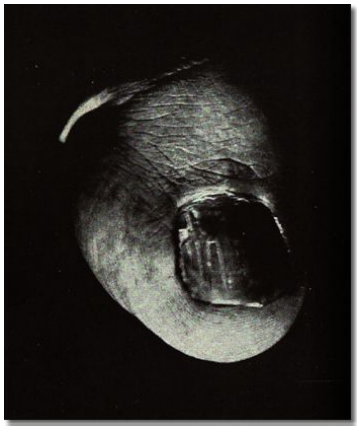
Nada similar puede citarse con respecto a la antigüedad clásica (aparte del uso curioso de las altas plataformas en las tragedias). Las matronas romanas más púdicas dejaban ver constantemente sus dedos desnudos. En cambio, el pudor del pie se desarrolló excesivamente durante los tiempos modernos y no desapareció sino hasta el siglo XIX. Salomon Reinach expuso ampliamente ese desarrollo en el artículo titulado "Pies púdicos"1, insistiendo sobre el papel de España donde los pies de las mujeres fueron objeto de la preocupación más angustiada y también causa de crímenes. El simple hecho de dejar ver el pie calzado sobrepasando la falda era juzgado indecente. En ningún caso era posible tocar el pie de una mujer, familiaridad excesiva que era, salvo una excepción, más grave que ninguna otra. Por supuesto, el pie de la reina era objeto de la prohibición más terrible. Así, según Mme. D'Aulnoy, estando el conde de Villamediana enamorado de la reina Isabel, pensó en provocar un incendio para tener el placer de llevarla en sus brazos: "Se quemó casi toda la casa que valía cien mil escudos, pero él se consoló cuando aprovechó una situación tan favorable, tomó a la soberana en sus brazos y la cargó por una pequeña escalera. Allí le robó algunos favores y, *lo que se destacó mucho en aquel país, tocó incluso su pie*. Un paje lo vio, le informó al rey y éste se vengó matando al conde con un disparo de pistola."

Es posible ver en esas obsesiones, como lo hace Salomon Reinach, un refinamiento progresivo del pudor que poco a poco pudo conquistar la pantorrilla, el tobillo y el pie. Aunque en parte es fundada, esta explicación sin embargo no es suficiente si pretendemos dar cuenta de la hilaridad comúnmente provocada por la simple imaginación de los *dedos del pie*. El juego de los caprichos y los ascos, de las necesidades y los extravíos humanos es en efecto tal que los dedos de las manos significan las acciones hábiles y los caracteres firmes, los dedos de los pies la torpeza y la baja idiotez. Las vicisitudes de los órganos, la pululación de estómagos, laringes, cerebros que atraviesan las especies animales y los innumerables individuos, arrastran la imaginación a flujos y reflujos que no sigue de buen grado por odio a un frenesí todavía perceptible, aunque penosamente, en las palpitaciones sangrientas de los cuerpos. El hombre se imagina gustosamente semejante al dios Neptuno, imponiendo con majestad el silencio a sus propias olas: y sin embargo las olas

ruidosas de las vísceras se hinchan y se vuelcan casi incesantemente, poniendo un brusco fin a su dignidad. Ciego, tranquilo no obstante y despreciando extrañamente su oscura bajeza, un personaje cualquiera dispuesto a evocar en su mente las grandezas de la historia humana, por ejemplo cuando su mirada se dirige hacia un monumento que atestigua la grandeza de su país, es detenido en su impulso por un atroz dolor en el dedo gordo porque el más noble de los animales tiene sin embargo callos en los pies, es decir que tiene pies y que esos pies, independientemente de él, llevan una existencia innoble.



Los callos en los pies difieren de los dolores de cabeza y de muelas por su bajeza, y sólo son ridículos en razón de una ignominia explicable por el barro donde los pies se sitúan. Como por su actitud física la especie humana se aleja *tanto como puede* del barro terrestre -aunque por otra parte una risa espasmódica lleva la alegría a su culminación cada vez que su impulso más puro termina haciendo caer en el barro su propia arrogancia- se piensa que un dedo del pie, siempre más o menos deforme y humillante, sería análogo psicológicamente a la caída brutal de un hombre, vale decir, a la muerte. El aspecto repulsivamente cadavérico y al mismo tiempo llamativo y orgulloso del dedo gordo corresponde a ese escarnio y le da una expresión agudizada al desorden del cuerpo humano, obra de una discordia violenta de los órganos.



La forma del dedo gordo no es sin embargo específicamente monstruosa: en eso es diferente de otras partes del cuerpo, el interior de una boca abierta por ejemplo. Sólo deformaciones secundarias (aunque comunes) han podido darle a su ignominia un valor burlesco excepcional. Pero la mayoría de las veces conviene dar cuenta de los valores burlescos por una extrema seducción. Aunque estamos obligados a distinguir aquí categóricamente dos seducciones radicalmente opuestas (cuya confusión habitual ocasiona los más absurdos malentendidos de lenguaje).

Si hay un elemento seductor en un dedo gordo del pie, es evidente que no se trata de satisfacer una aspiración elevada, por ejemplo el gusto completamente indeleble que en la mayoría de los casos induce a preferir las formas elegantes y correctas. Al contrario, si escogemos por ejemplo el caso del conde de Villamediana, podemos afirmar que el placer que obtuvo al tocar el pie de la reina estaba en relación directa con la fealdad y la inmundicia representadas por la *bajeza* del pie, prácticamente por

los pies más deformes. De modo que aun suponiendo que el pie de la reina haya sido totalmente lindo, sin embargo tomaba su encanto sacrílego de los pies deformes y embarrados. Siendo una reina *a priori* un ser más *ideal*, más etéreo que ningún otro, era humano hasta el desgarramiento tocar lo que en ella no difería mucho del pie transpirado de un soldado raso. Es experimentar una seducción que se opone radicalmente a la que causan la luz y la belleza ideal: los dos órdenes de seducción a menudo se confunden porque nos agitamos continuamente entre uno y otro, y dado ese movimiento de ida y vuelta, ya sea que tenga su término en un sentido o en el otro, la seducción es tanto más intensa en la medida en que el movimiento es más brutal.

En el caso del dedo gordo, el fetichismo clásico del pie que culmina en el lamido de los dedos indica categóricamente que se trata de baja seducción, lo que da cuenta de un valor burlesco que se vincula siempre más o menos a los placeres reprobados por aquellos hombres cuyo espíritu es puro y superficial. El sentido de este artículo parte de una insistencia en cuestionar directa y explícitamente *lo que seduce*, sin tener en cuenta la cocina poética, que en definitiva no es más que un rodeo (la mayoría de los seres humanos son naturalmente débiles y no pueden abandonarse a sus instintos sino en la penumbra poética). Un retorno a la realidad no implica ninguna aceptación nueva, pero esto quiere decir que somos seducidos bajamente, sin ocultamiento y hasta gritar, con los ojos desorbitados: así desorbitados ante un dedo gordo.

1 En *La antropología*, 1903, pp. 733-736; reimpreso en *Cultos, mitos y religiones*, r. I, 1 905, pp. 105-1 10.